

Las instituciones desde la perspectiva psicológica: el punto de vista evolutivo

Esteban Laso O.¹

El objetivo de este texto es introducir el punto de vista de la epistemología evolutiva (tal y como ha sido desarrollada, ante todo, en la psicología) en el análisis de las instituciones y extrapolar sus implicaciones. Se empieza con una breve exposición de lo que la psicología puede aportar al estudio de la institución para continuar con una somera revisión histórica de los fundamentos de la tradición occidental acerca de la naturaleza del cambio, el surgimiento de las sociedades y el papel de las emociones en la vida social. Luego, se presenta el esqueleto de la visión evolutiva (reproducción, variación, selección) y la noción de “institución” que de él se deduce. Finalmente, haciendo uso de este marco interpretativo, se sugieren algunas líneas de reflexión acerca de la institucionalidad en el Ecuador y de su carácter de “sociedad hobbesiana”.

Palabras clave: institucionalidad, teoría evolutiva, psicología social, Ecuador.

1. Introducción: qué puede aportar la psicología al análisis de la institución

La noción de “institución” es uno de los pilares de la ciencia política y la sociología desde su renacimiento a manos de Emile Durkheim; y sigue siendo uno de los conceptos más discutidos y abordados en la historia de ambas disciplinas. Así las cosas, habiéndose discutido tanto y formulado teorías viables y que han alcanzado una suerte de consenso, cabría preguntarse ¿qué puede ofrecer un análisis de la institución desde la psicología que no podamos encontrar en los abordajes tradicionales?

En principio, tomándolo en su acepción sociológica, el término “institución” no forma parte del instrumental de la psicología social; al menos, si nos limitamos a sus corrientes más relevantes. Una somera revisión de cualquier manual introductorio de la disciplina

¹ Psicólogo clínico, Pontificia Universidad Católica del Ecuador; Master en Terapia Cognitivo-Social, U. de Barcelona; Máster en Terapia Familiar Sistémica, U. Autónoma de Barcelona – Hospital de San Pablo; Candidato a Doctor en Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona (estebanlaso@gmail.com)

confirma este aserto. El volumen 5 del recientemente publicado *Handbook of Psychology*, dedicado a la psicología social y editado por Theodore Millon y Melvin Lerner², menciona la palabra “institución” treinta y seis veces en sus más de seiscientas páginas; pero ninguna de ellas es una definición o discusión del concepto –que es usado, en efecto, en el sentido de “costumbre o patrón recurrente de conducta” o de “conjunto de relaciones sociales organizadas y reconocidas por el estado o la sociedad”. Por ejemplo:

Enloe pointed out the different ways in which such militarized rape may be used to achieve political objectives and may become institutionalized³.

He [Erich Fromm] pointed out that war, like slavery, is a human institution. Early huntergatherer groups had no reason to engage in warfare because there were no goods to plunder⁴.

Por su parte, el autorizado *Diccionario de Psicología Social y de la Personalidad* de Rom Harré y Roger Lamb⁵ afirma que

en sentido sociológico amplio, el término «institución»... designa los principales sistemas organizados de relaciones sociales en la sociedad... Pero en psicología... la palabra «institución» tiene un significado mucho más estrecho y específico. Se refiere a ciertas organizaciones y establecimientos especializados en el procesamiento o la modificación de las personas.

Sin embargo, la psicología social sí que ha abordado el problema de la institución y su relación con los individuos, sólo que a partir de sus propios supuestos y formulando sus propias preguntas. En consecuencia, para arrojar luz sobre el tema es preciso realizar una cierta *traducción*: es decir, rastrear los ámbitos de interés de ambas disciplinas en pos de las superposiciones. *Grosso modo*, el campo cubierto por el concepto “institución” se superpone a lo que en psicología social se ha discutido en torno a la

² Millon, T., y Lerner, M.; *Handbook of Psychology; vol. 5: personality and social psychology*; John Wiley and Sons, New Jersey, USA, 2003.

³ Op. Cit., p. 577.

⁴ Op. Cit., p. 573.

⁵ Harré, R., y Lamb, R.; *Diccionario de psicología social y de la personalidad*; Paidós, Barcelona, España, 1992.

“creación de normas”, la “persuasión”, la “obediencia a la autoridad” y los fenómenos de psicología de grupos.

Ahora bien: la tradición de la psicología social nos permite analizar todos estos temas de manera experimental; es decir, tener una noción de cómo se comportan las personas en ciertas condiciones artificiales y tratar de extrapolarlas, hasta cierto punto, a la vida cotidiana. Ofrece, así, una ventaja frente al abordaje sociológico, que debe conformarse con los “experimentos naturales” que surgen de vez en cuando y con otros métodos menos “directos”.

Asimismo, puede argüirse que la psicología pone en práctica la forma más depurada de “individualismo metodológico” concebible, ya que lejos de construir un modelo artificial del ser humano (el “actor racional”) y elaborar con él, mediante agregación, “modelos” que luego contrastará con los sucesos reales de cara a la predicción, parte del individuo propiamente dicho, su conducta y cosmovisión, e intenta explicar lo que le sucede cuando se halla rodeado de congéneres, reales o virtuales. Allí donde la aproximación sociológica corre el riesgo de olvidar que está tratando con personas –a las que ve solamente a través de sus “modelos”, “estructuras” y “métodos de agregación de preferencias”, la psicología se lo recuerda insistente y palpablemente. Abundan ejemplos del valor intrínseco que posee esta íntima compenetración con el ser humano “real”: no debemos olvidar que los grandes fundadores de la economía y la “filosofía moral” (Aristóteles, Montesquieu, Adam Smith, Kant, Hume) tomaron como punto de partida de su discurso la estructura de la mente humana; que la “racionalidad acotada” fue propuesta en primer término por un psicólogo, Herbert Simon⁶; y que ha sido la obra de Daniel Kahneman y Amos Tversky sobre sesgos cognitivos y decisiones en contextos de incertidumbre⁷ lo que ha reintroducido la psicología en el discurso de la economía neoclásica haciendo tambalear sus cimientos.

Finalmente, recientes avances en neurociencias permiten echar una mirada fresca sobre los debates más antiguos de la teoría social y decantarse por una u otra de sus posiciones apoyándose en sólida evidencia experimental acerca del funcionamiento del cerebro humano y de los fundamentos de la racionalidad y la socialidad. A su vez, esta mirada puede conducir a un encuentro entre ámbitos de pensamiento hasta ahora

⁶ Simon, H.; *Models of Bounded Rationality*; MIT Press, Cambridge, Mass., USA, 1982.

⁷ Kahneman, D., y Tversky, A.; *Prospect theory: decision making under risk*; *Econometrica*, XLVII, 1979.

distanciados y favorecer una perspectiva unificadora y global de la condición humana que introduzca dentro del análisis un aspecto hasta ahora descuidado, las *emociones*.

1.1. Por qué una visión evolutiva: pequeño prólogo filosófico y tres dilemas

Este texto usa como marco de referencia la *teoría evolutiva* o neodarwinista, tal y como ha sido aplicada a la filosofía y la psicología⁸ por Peter Munz⁹, Daniel Dennet¹⁰, Gregory Bateson¹¹ y F. A. Hayek¹² (entre otros). Aunque comparativamente reciente, la teoría darwinista ya ha hecho aportaciones relevantes a la teoría social –como la “memética” de Richard Dawkins¹³ y el “darwinismo neural” de Gerald Edelman¹⁴; y promete erigirse en un paradigma por derecho propio¹⁵.

Para comprender las novedades que el abordaje evolucionista propone es menester contextualizarlas a través de un breve recorrido por la historia de las ideas. Es un lugar común el que el pensamiento de Platón y el de Aristóteles se encuentran diametralmente opuestos. Aunque dicha oposición se evidencia en varias de sus afirmaciones concretas, es prácticamente indiscutible en cuanto se consideran sus respectivos estilos literarios. Platón inauguró el feliz arte del diálogo, en permanente tensión entre lo oral y lo escrito.

⁸ Una concisa y excelente introducción es *Epistemología evolutiva y psicología*, de María Teresa Miró; Promolibro, Valencia, España, 1994.

⁹ Munz, P.; *Philosophical Darwinism*; Routledge, New York, USA, 1993.

¹⁰ Dennett, D.; *Darwin's Dangerous Idea*; Penguin, Londres, Inglaterra, 1995.

¹¹ Bateson, G.; *Pasos hacia una ecología de la mente*; Lohé-Lumen, Buenos Aires, Argentina, 1985; *Una unidad sagrada*; Gedisa, Barcelona, España, 1999; *El temor de los ángeles* (con M. C. Bateson); Gedisa, Barcelona, España, 1989.

¹² Hayek, F. A.; *Law, Legislation and Liberty*; Routledge, New York, USA, 1982; *The Sensory Order: an Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology*; University of Chicago Press, Chicago, Ill., USA, 1952; *Los fundamentos de la libertad*; Unión Editorial, Madrid, España, 1998.

¹³ Una introducción y valoración crítica es *The Selfish Meme*, de Kate Distin; Cambridge University Press, Mass., USA, 2005.

¹⁴ Edelman, G.; *Bright Air, Brilliant Fire*; Basic Books, New York, USA, 1992.

¹⁵ Luego del influyente *Evolution and the Theory of Games*, de John Maynard Smith (Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1982), que resumió los avances en el uso del algoritmo evolutivo en teoría de juegos durante los años 70, William Brock, de la Universidad de Wisconsin, ha liderado recientemente la aplicación del pensamiento evolucionista a los modelos econométricos (*Evolutionary Economic Dynamics*; Brock, W., y Hommes, C.; *Rational Animal Spirits*; 1998; disponible en Internet: <http://www.ssc.wisc.edu/econ/archive/wp9823.pdf>) y de acción colectiva (Brock, W.; *Tipping Points, Abrupt Opinion Changes, and Punctuated Policy Change*; 2004; disponible en Internet: <http://www.ssc.wisc.edu/econ/archive/wp2003-28.pdf>). Se han propuesto también entrecruzamientos de la teoría de juegos y el análisis matemático de los equilibrios evolutivos (véase el trabajo de Karl Schlag, <http://www.iue.it/Personal/Schlag/>). Desde 1999 se han celebrados tres Encuentros Europeos de Economía Evolutiva Aplicada y Simulación Social. Por último, una introducción a la simulación evolutiva computarizada de la estructura social y los equilibrios del mercado que ya se ha convertido en un clásico en sus diez años de publicación: *Growing Artificial Societies: Social Science from the Bottom Up*; Epstein, J., y Axtell, R.; MIT Press, Mass., USA, 1996. (En <http://www.brook.edu/es/dynamics/sugarscape/movies.htm> se encuentran vídeos de la evolución de *Sugarscape*, el model artificial de “sociedad” empleado en el libro).

La mayor parte de lo que se conserva de Aristóteles, por el contrario, consiste en los apuntes que usaba para organizar sus clases.

Es posible sostener que estas diferencias estilísticas se asocian con diferencias metodológicas sutiles pero trascendentales¹⁶, ya que ambos autores usan procedimientos radicalmente distintos para enhebrar sus argumentos –procedimientos coherentes con los contextos en que dichos argumentos habían de ser propalados. A riesgo de simplificar, podríamos decir que Platón parte de la “idea perfecta” y avanza hacia la realidad mientras que Aristóteles zarpa de la realidad concreta en pos de la idea. (De ahí que el primero considerara a la matemática como la ciencia ejemplar, mientras que el segundo se convirtiese en precursor de la biología y sus sistemas de clasificación de las especies). La primera estrategia, afín a la poesía, es sumamente eficaz cuando se trata de convencer a un auditorio; la segunda resulta más difícil de seguir –pero delimita mejor el camino que se atraviesa. En suma, Platón es persuasivo pero no sistemático; y Aristóteles, árido aunque sólido.

Este contraste metodológico explica buena parte de sus diferencias teóricas. Opone, del lado platónico, el énfasis en el resultado al énfasis en el proceso del lado aristotélico. Para Platón nada que pudiese cambiar era perfecto: la perfección sólo se encuentra en lo que no cambia¹⁷, en el “mundo de las Ideas”. De ahí que *el cambio sea secundario*; en el peor de los casos, una “mera apariencia”. Aristóteles, por el contrario, es más sensible a la realidad del cambio –por más que lo considere un “atributo” de los seres o “sustancias”. Como veremos más adelante, habrá que esperar a Darwin para resolver este dilema.

Asimismo, Aristóteles veía al ser humano como esencialmente social; su condición humana se relacionaba con el *Logos*, el razonamiento tal y como se plasma en el lenguaje (cuyo *a priori* es la existencia de una sociedad). Según Platón, por su parte, la sociedad es el efecto de la creación humana, del artificio de la razón; se da *a posteriori*, y por ende puede modificarse *ad libitum*.

Como observaron William James¹⁸ y Alfred Whitehead¹⁹ a finales del siglo XIX, estas diferencias han perseguido a la filosofía occidental desde su mismo nacimiento. Sin ir más lejos, la oposición entre la sociedad como surgimiento natural y la sociedad como

¹⁶ Sobre la oposición entre “oral” y “literario” y sus implicaciones en el pensamiento griego, véase Havelock, E.; *La Musa aprende a escribir*; Paidós, Barcelona, España, 1996.

¹⁷ Véase la discusión sobre la teoría platónica del cambio en Popper, K.; *La sociedad abierta y sus enemigos*; Orbis, Barcelona, España, 1984.

¹⁸ James, W.; *Pragmatismo*; Aguilar, Buenos Aires, Argentina, 1975.

¹⁹ Whitehead, A. N.; *Essays in science and philosophy*; Rider and Co., Londres, Inglaterra, 1948.

artificio separa a las dos grandes escuelas, naturalistas y contractualistas. Adam Smith, en su *Theory of the Moral Sentiments*²⁰, postula que el fundamento de la asociatividad humana es la “simpatía”, la capacidad innata de sentir en uno mismo las emociones de los demás a partir de la imaginación. Por su parte, Hobbes (como Maquiavelo) supone que cada individuo es inherentemente egoísta y que la única manera de impedir que se imponga a los demás violentamente es crear, en base al consenso, un “gobierno” que goce del monopolio de la fuerza y que se cierna siempre vigilante sobre los ciudadanos. Las raíces de la suspicacia y el consenso de Hobbes se hallan en Platón; sobre todo en el *Critón*, donde Sócrates defiende la justicia de su condena ante Critón, que lo insta a fugarse, imaginando un diálogo entre “la ley y la República” y ellos mismos. En este diálogo, la República increpa a Sócrates señalándole que ha disfrutado de los beneficios del “contrato” que ha firmado tácitamente con ella al vivir dentro de sus muros y hacer uso de sus privilegios; y que, por ende, está moralmente obligado a seguir sus leyes:

“Porque ¿qué Estado puede subsistir si los fallos dados no tienen ninguna fuerza y son eludidos por los particulares?” [...] “Yo tengo”, me diría, “grandes pruebas de que la Ley y la República han sido de tu agrado, porque no hubieras permanecido en la ciudad como los demás atenienses si la estancia en ella no te hubiera sido más satisfactoria que en todas las demás ciudades. [...] ¿No decimos la verdad cuando sostenemos que *tú estás sometido a este tratado, no con palabras, sino de hecho*, y a todas sus condiciones?”²¹

Como veremos más adelante, los resultados de los experimentos en neurociencia coinciden con los postulados de Smith y desmienten a Hobbes: la existencia humana se funda en el *apego* –no en el “consenso”; y la razón se construye sobre la emoción –no a sus expensas.

Es justamente este último tema, la emoción, la tercera de las aportaciones que la teoría evolutiva puede hacer al pensamiento sobre las instituciones a través de la psicología. Ciertamente es que la teoría de la acción racional ha sufrido varios cambios que han reducido sus pretensiones y acotado sus métodos; pero también lo es que se mantiene como el discurso dominante de la teoría social –aunque sea en su versión “débil”, la

²⁰ Smith, A.; *Theory of the Moral Sentiments*; Edinburgo, Inglaterra, 1759. Disponible en Internet en el Adam Smith Institute: <http://www.adamsmith.org/smith/tms/tms-index.htm>

²¹ Platón; *Critón o del deber*; Ediciones Universales, Bogotá, Colombia, 1987; las itálicas son nuestras.

“racionalidad acotada” (*bounded rationality*). Exceptuando el trabajo de Jon Elster, que se ha dedicado a comprender la emoción desde el neorracionalismo²², y algunos textos de Gary Becker²³ y Amartya Sen²⁴, las emociones brillan por su ausencia en la teoría política y económica; y quien lea desapasionadamente los escritos de la disciplina podría concluir que el “actor” al que se refieren se asemeja más a un *robot* que maximiza sus beneficios que a una persona que intenta navegar el proceloso mar de la existencia.

En resumen, los tres dilemas que nos ha legado la historia del pensamiento occidental desde Sócrates, y que el darwinismo modifica o trasciende, son:

- La teoría del cambio: énfasis en los resultados versus énfasis en el proceso.
- La teoría de la génesis de lo social: naturalismo versus contractualismo.
- La teoría de las emociones: potenciales perturbadoras de la racionalidad versus fundamento de la toma de decisiones.

2. *Conceptos fundamentales de la teoría evolutiva*

En este texto se toma la teoría evolutiva en dos sentidos: *qua* marco que explica cómo ha surgido la peculiar constitución humana y por qué es de la manera en que lo es (el origen de las especies), y *qua* algoritmo que explica la dialéctica entre permanencia y cambio en frentes tan disímiles como las configuraciones neuronales, las costumbres o modas o los arreglos institucionales. Este algoritmo subyace también a la teoría del origen de las especies; pero es, en palabras de Daniel Dennett²⁵, “independiente del sustrato”; es decir, se aplica igual a un juego en lápiz y papel, a un sistema de inteligencia artificial, a la población de un ecosistema o al conjunto de ideas que pueblan una mente. Esta es la gran ventaja del “darwinismo filosófico”: que permite contemplar diferentes mecanismos comunes en las ciencias sociales como *instancias* de uno solo; por ejemplo, el equilibrio de un sistema económico o político o el cambio en el significado de una palabra a lo largo de los siglos.

Así, la médula de la teoría evolutiva es un *algoritmo*, esto es, una serie de pasos que, ejecutados en orden sobre un “sustrato” determinado, producen invariablemente un

²² Notablemente, en *Alquimias de la mente* (Paidós, Barcelona, España, 2002; véase también *Uvas amargas: sobre la subversión de la racionalidad*; Península, Barcelona, España, 1988).

²³ Becker, G.; *Accounting for Tastes*; Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1996.

²⁴ Sen, A.; *Sobre ética y economía*; Alianza, Barcelona, España, 2001.

²⁵ Dennett, D.; *Darwin's Dangerous Idea*; Penguin, Londres, Inglaterra, 1995.

resultado predecible al menos en principio (si no en sus pormenores). Estos pasos son *reproducción, variación y selección*.

2.1. Reproducción

La propiedad más importante de un sistema evolutivo es su habilidad para *reproducirse*; esto es, la capacidad de cada “individuo” (sea un organismo perteneciente a una especie, una costumbre que forma parte de una institución o el significado asignado a un vocablo) de hacer una réplica de sí mismo en otro “portador” que pertenece al ecosistema (los vástagos del organismo, otro miembro de la misma institución o un escrito que hace uso del vocablo en cuestión). Sin reproducción, el sistema se agota con la muerte de sus miembros; con ella, adquiere la capacidad de mantenerse a sí mismo – la “autopoiesis” de la que hablan Maturana y Varela²⁶.

Importa señalar que lo que se repite no es el organismo en sí sino su “estructura”; esto es, el conjunto de relaciones entre sus componentes que lo diferencian del resto de organismos o individuos y que mantienen su identidad a lo largo del tiempo. Dicha “estructura” define un “espacio de posibilidades”: el conjunto de acciones que el organismo *puede* realizar sin desbordar su “frontera identitaria” –esto es, sin desordenarse y morir. En promedio, un ser humano puede prescindir del agua por una semana antes de fallecer; una cucaracha alemana, la más común de las plagas, por dos semanas. La palabra “arbitrario” puede ser inteligible si se quitan o desordenan un par de letras (“arbitraio”, “arbitrairo”); pero no si se cambian o retiran más de cuatro²⁷.

2.2. Variación

Empero, si la reproducción fuese escrupulosamente fiel, si el organismo se limitase a repetir su propia estructura con absoluta exactitud, el sistema podría automantenerse pero nunca cambiar; en términos de la teoría social, se trataría de una “institucionalización perfecta” –del tipo que Platón convierte en modelo de su *República* y que Popper ha denunciado como arquetipo de la sociedad “cerrada” o autoritaria²⁸. Los “individuos” se distinguirían entre sí solamente por sus posiciones en el espaciotiempo (lugar y fecha de nacimiento y muerte y trayectoria vital); pero serían,

²⁶ Maturana, H., y Varela, F.; *Autopoiesis and Cognition: the Realization of the Living*; Robert S. Cohen and Marx W. Wartofsky (Eds.), Boston Studies in the Philosophy of Science; D. Reidel Publishing Co., Dordrecht, 1980.

²⁷ Compárese esta noción de “reproducción” con la de Anthony Giddens (*Las nuevas reglas del método sociológico*; Buenos Aires, Amorrortu, 1987).

²⁸ Popper, K.; *La sociedad abierta y sus enemigos*; Orbis, Barcelona, España, 1984.

por lo demás, exactamente iguales. Un sistema de esta naturaleza podría verse como “perfecto” en la medida en que sería invariable –pero también poco adaptativo, ya que la estructura de sus miembros devendría eventualmente incompatible con las condiciones de supervivencia al primer cambio significativo de su entorno.

Afortunadamente, la reproducción (tanto entre los seres vivos como en los sistemas sociales) siempre conlleva una dosis de “error” (llamada “deriva genética”) de modo que los vástagos nunca son *idénticos* a sus progenitores. Esta “deriva” puede provenir del simple azar –cuando, por ejemplo, alteramos una nota de la canción que queremos tararear o cuando hay un fallo al trasladar una cadena de ADN– o de la reproducción sexuada –que combina los genes de los padres para generar una criatura inédita. De este modo, cada uno de los miembros del sistema evolutivo tiene una estructura ligeramente distinta de la de los demás; y cuando la hereda a sus retoños, cada uno de ellos es, también, ligeramente diferente.

Nuevamente, las diferencias se mantienen dentro de un cierto umbral –al menos durante un número más o menos importante de generaciones. En cuanto las diferencias morfológicas o conductuales entre diversos individuos se acrecientan por encima de este umbral (determinado por el observador) se habla de “especiación” –o sea, de la segmentación de la especie original en dos o más subespecies a raíz de la evolución.

Este “ruido” o azar que se cuele en la reproducción se asegura de que la población resultante posea una dosis de *variedad* en su estructura; que, por ejemplo, cada vez que alguien usa el vocablo “dulce” lo haga en contextos ligeramente distintos pero superpuestos –la dulzura del azúcar, la de la miel, la del café, la de una torta, etc²⁹.

2.3. Selección

El darwinismo supone que los individuos (organismos, ideas, hábitos...) cohabitan en un entorno de *recursos limitados* y que la supervivencia de cada uno requiere consumir (o transformar irreversiblemente) dichos recursos. En el caso de los seres vivos, los recursos son las fuentes de energía –el calor, la luz solar– y masa –los alimentos; en el

²⁹ Este fenómeno, lugar común de la semiótica, ya fue estudiado a principios del siglo XX por de Saussure en su *Curso de Lingüística General* (Akal, Madrid, España, 2000) y por G. Frege (sobre todo *¿Son las unidades iguales entre sí?*; en *Los fundamentos de la aritmética*; Frege, G.; *Escritos Filosóficos*; Crítica, Barcelona, España, 1996). Se encuentra expuesto magníficamente en Polanyi, M.; *Personal Knowledge: Towards a Post-Critical Philosophy*; Harper, New York, USA, 1964; p. 77 y ss.; desde una perspectiva microsociológica, en el brillante *Felicity's Condition* de Erving Goffman (en Lemert, C., y Branaman, A. (comps.); *The Goffman Reader*; Blackwell, Oxford, Inglaterra, 1997).

caso de las ideas, puede ser el tiempo que una persona les dedica –que se resta, por definición, al que dedica a otras ideas.

A fortiori, los individuos *compiten* entre sí por el acceso y usufructo de dichos recursos. Pero, debido a la variación, algunos de ellos devienen más *aptos* (que no “fuertes” ni “poderosos”, como suele malinterpretarse); ya que las características estructurales de algunos facilitan el encontrar, almacenar, explotar o cultivar estos recursos (o el sobrevivir a los predadores) directa o indirectamente. “Aptos” significa, sencillamente, *con mayores probabilidades de sobrevivir*; no es una característica intrínseca de los organismos sino el resultado de la comparación entre el número de éstos que sobreviven (o el tiempo durante el que lo logran) y los demás.

Como es obvio, los individuos más “aptos” poseen una *ventaja reproductiva* por sobre los menos aptos; es decir, tienen mayores probabilidades de reproducirse (aunque sólo sea porque viven más tiempo). En consecuencia, en la siguiente generación hay una proporción mayor de individuos “aptos” (que heredaron la estructura de sus padres), ya que muchos de los “no aptos” de la generación anterior se extinguieron antes de multiplicarse. Y esta proporción se acrecienta con cada nueva camada hasta que los “no aptos” desaparecen por completo –y se puede hablar de una nueva especie, compuesta únicamente por *los hijos de los individuos seleccionados por su mejor acomplamiento al entorno*. La competencia por los recursos instaura una *presión evolutiva* que *selecciona* a los mejor acoplados al entorno –o, mejor dicho, “deselecciona” a sus congéneres menos dotados entorpeciendo su reproducción.

En suma: los individuos se *reproducen*, generando copias más o menos *diversas*, algunas de las cuales sobreviven y por ende son *seleccionadas* para traspasar su estructura a la posteridad. El ciclo vuelve a empezar cuando ésta se reproduce –y así *ad infinitum*.

La sucesiva aplicación de este algoritmo a una población determinada conduce a un *equilibrio evolutivo* –donde, *ceteris paribus*, la estructura de los organismos se mantiene relativamente constante a lo largo de las generaciones³⁰.

³⁰ Existen diferencias con respecto a la duración de dichos equilibrios representadas por dos escuelas: la “gradualista”, según la cual la evolución se da lentamente, por pequeños pasos (cambios estructurales, mutaciones) y sin detenerse, y la “catastrofista”, para la que largos períodos de estabilidad se alternan con breves épocas de cambio acelerado. Sea como fuere, ambas admiten que un equilibrio es siempre mayor a la suma de varios períodos de vida de los organismos involucrados; esto es, que ningún organismo puede llegar a “ver” modificaciones evolutivas en su especie durante su existencia.

2.4. ¿Qué es una “institución” desde una perspectiva evolutiva?: jerarquías de estructuras anidadas

Estamos ya en condiciones de traducir el concepto de “institución” a los términos de la teoría evolutiva. Podemos definir una “institución” (en sentido sociológico) como *el conjunto de estructuras y procedimientos de control social que organizan la conducta de varios individuos*, no sólo en la copresencia inmediata sino a largo plazo. Funciona, en efecto, como un marco *dentro* del cual acaecen los intercambios que pueblan la vida diaria; nos dice qué hacer, cómo y cuándo, y cuáles serán los resultados probables de hacer otra cosa. Así, una Constitución es una institución “formal” y racionalmente diseñada; pero la reunión de los martes en la noche para jugar cartas es informal y “emergente” (no creada expresamente). Y del mismo modo que la Constitución establece un límite al conjunto de las leyes, las normas implícitas de la reunión de los martes permiten ciertas cosas y prohíben otras.

Aplicar el paradigma evolutivo requiere observar los fenómenos desde una perspectiva histórica suficientemente amplia para detectar sus cambios. Como es evidente, reconocer que la estructura de los organismos se mantiene constante supone tomar en consideración suficientes generaciones (lapsos de tiempo, reproducciones particulares) como para poder contrastar dicha estructura (o algunos de sus aspectos) con otra (u otros aspectos de la misma) que haya variado. En el caso de la evolución de la especie humana, se necesitan millones de años para observar transformaciones significativas en la estructura orgánica (tal y como es transmitida en el código genético); en el caso de las instituciones sociales, decenas o cientos de años. Desde este ventajoso punto de vista se comprende que *tanto la institución como las acciones que engloba están sujetas al cambio*, sólo que en períodos de tiempo abismalmente diferentes.

Para usar el ejemplo anterior: en la partida de un martes determinado puedo optar (contra mi costumbre) por jugar temerariamente: he aquí un cambio que puedo experimentar –pero que no necesariamente trasciende más allá de ese día. Luego de varias reuniones se decide prohibir esta estrategia ya que reduce la duración promedio de las partidas: otro cambio, de mayor alcance y permanencia, cuyos efectos se impondrán a las sucesivas partidas –auspiciando sutilmente la reproducción de estrategias cooperativas. A la larga, las reglas del juego se modifican insensiblemente para acoplarse a estas “estrategias benévolas” y se crea una nueva forma de jugar, digamos, al *poker* –que yo no veré, pero sí la siguiente generación de jugadores.

Si lo miramos desde una jugada cualquiera de un martes, el *poker* es una institución inamovible: organiza las conductas de los circunstantes en base a reglas compartidas que me dicen lo que puedo y no puedo hacer. Si lo miramos *sub specie aeternitatis*, el *poker* tal y como lo conocemos es sólo una manera entre tantas de organizar la conducta; y sus reglas también se modifican –con el paso de las décadas.

Por tanto, una institución viene a ser la cristalización de un patrón recurrente en una secuencia continua e ininterrumpida de interacciones sociales que deviene en restricción –o estructura– de otros patrones (cuya duración es, en general, igual o inferior)³¹. La institución anida los comportamientos demarcando sus límites –pero también puede alterarse a resultas de la aplicación repetida del algoritmo evolutivo. Tenemos, pues, una jerarquía de patrones recurrentes empotrados, donde el más global (o de largo plazo) establece las restricciones del que le sigue y así sucesivamente, y cuyos equilibrios o catástrofes internas siguen el algoritmo evolutivo.

Como lo afirma Wittgenstein en el terreno de la epistemología:

Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de las proposiciones empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen; y también que esta relación cambia con el tiempo, de modo que las proposiciones que fluyen se solidifican y las sólidas se fluidifican.³²

En otros términos, una “institución” es una configuración estructural que se ha vuelto más o menos estable (esto es, relativamente reconocible a lo largo de la cantidad de generaciones que decidamos usar como patrón). Así, el algoritmo evolutivo nos permite observar las instituciones como instancias más o menos momentáneas de la dialéctica cambio-permanencia. A través de ella, la sociedad humana aparece como un conjunto de instituciones que se anidan una dentro de otra a lo largo de un eje que va de lo más concreto, transitorio y modificable a lo más abstracto, duradero y resistente. Lo más abstracto, las recurrencias de largo plazo, sirve de marco para lo más concreto estableciendo las restricciones que debe respetar para seguir siendo viable –razón por la

³¹ Lo que aquí se llama “institución” fue tratado, desde una perspectiva ligeramente distinta en términos de “compromiso ontológico”, en Laso, E.; *Conocimiento Encarnado: en defensa de la metafísica* (trabajo de investigación no publicado para el Doctorado en Psicología Social de la U. Autònoma de Barcelona, España, 2002; disponible en Internet: <http://estebanlaso.com/pdfs/encarnado.pdf>).

³² Wittgenstein, L.; *Sobre la certeza*; Gedisa, Barcelona, España, 1988; §96.

cual esto es mucho más sencillo de cambiar que aquello, y por la que se puede prescindir de ciertas instituciones mientras que otras son indispensables³³. Esta imagen sugiere preguntas como “¿cuáles son los distintos planos de institucionalización en esta sociedad y cómo se codeterminan?”, “¿cómo contribuye cada institución a la supervivencia de las que engloba, y viceversa?”, “¿cuáles son las instituciones más duraderas (y por ende, más resistentes al cambio) que podemos observar?”

Esto se explica mejor con un ejemplo tomado de la historia natural. A consecuencia, quizá, de un cambio climático global, nuestros ancestros se vieron obligados a mudar de hábitat, de los bosques a la sabana. En los bosques, el ámbito de visión y la velocidad de desplazamiento estaban limitados por la cantidad de árboles –que servían, a la vez, de refugio y escondite; mientras que la sabana ofrecía grandes claros para caminar –pero también para ser cazado. La solución evolutiva fue la bipedestación: la especialización de los miembros inferiores en órganos de locomoción, que requirió una profunda modificación de la estructura ósea.

Esto impuso nuevas restricciones pero otorgó también nuevas libertades. Los prehomínidos ya no podían trepar o saltar de una rama a otra con tanta agilidad como sus antecesores; pero a cambio, podían correr mucho más rápidamente en espacios abiertos. A su vez, la liberación de las extremidades anteriores hizo posible que se especializaran, fortaleciendo su capacidad de aferrar y manipular objetos a través del pulgar oponible y abriendo el camino a la construcción de *herramientas* –y, a la larga, a la inteligencia y la cultura.

El cambio de hábitat trajo aparejado la necesidad de cambiar de dieta: los frutos y raíces de las que se alimentaban los prehomínidos, abundantes en el bosque, escaseaban en la sabana –que rebosaba, en cambio, de animales pequeños. Esto propició la aparición de la caza organizada (que a su vez sentó las bases para la coordinación mutua de los homínidos y por ende para el lenguaje); condujo a una alteración de las mandíbulas y los dientes y en general de la cabeza (que terminaría ampliando la bóveda craneal); introdujo fuentes calóricas y proteínicas de alto rendimiento (carne), lo que hizo que los homínidos no tuvieran necesidad de comer constantemente y contaran por primera vez con tiempo libre y sobre todo con mayores cantidades de energía a disposición de su

³³ Para una exposición exhaustiva y singularmente brillante, véase *Las categorías lógicas del aprendizaje y la comunicación*, de Gregory Bateson (*Pasos hacia una ecología de la mente*; Lohé-Lumen, Buenos Aires, Argentina, 1985; p. 309-339).

cerebro (lo que hizo viable el aumento de su masa); y finalmente facilitó mayores y más continuos desplazamientos y en consecuencia fortaleció más aún la bipedestación.

En resumen: cada nueva configuración estructural correspondía a una *institución* que demarcaba las posibilidades, el repertorio de conductas de que gozaba el organismo. Ya dentro de este repertorio otras configuraciones estructurales se volvían relevantes para la supervivencia: la bipedestación hizo posible la aparición de la mano, que a su vez fortaleció indirectamente la misma bipedestación y allanó el camino del crecimiento encefálico, y así sucesivamente. En un momento dado, la estructura que circunscribe las posibilidades de acción puede llamarse “institución” en virtud de su relativa inmutabilidad; pero la acumulación de cambios estructurales seleccionados por el algoritmo evolutivo se encargará de modificarla –desde la perspectiva de los siglos³⁴.

2.5. El algoritmo evolutivo y las limitaciones de la teoría de la acción racional

Entender un problema desde la teoría evolutiva generalizada requiere:

- Diferenciar los “individuos” que se replican en cada nueva generación: esto es, los ítems que compiten entre sí por los recursos del sistema a estudiar. Estos ítems deben ser *distinguibles* (esto es, mutuamente excluyentes) pero mantener una cierta *semejanza estructural* (pertenecer a una misma “especie”, que se especifica *exhaustivamente* al identificar a cada uno de sus integrantes).
- Descubrir las *restricciones* que se aplican a los ítems y que determinan su muerte o supervivencia (o sus probabilidades de reproducirse): esto es, las características del entorno que ejercen “presión evolutiva” y a las que los organismos “exitosos” han de terminar adaptándose.

Como señala Dennett³⁵, este último es un “problema de diseño” o ingeniería; en otras palabras, es la respuesta a “¿qué hay que modificar en la estructura de este individuo (organismo, idea, conducta) para maximizar su adaptación y reducir la fricción con las presiones selectivas del entorno?”³⁶ En términos generales, *la respuesta a esta pregunta es estrictamente impredecible* –ya que las posibilidades de cambio estructural (a largo plazo) son prácticamente infinitas. El algoritmo evolutivo no nos capacita para saber con precisión cómo será el “organismo” resultante dentro de n generaciones; pero sí

³⁴ Las consecuencias de esta teoría se exponen con más detenimiento en la sección 3.1.

³⁵ Dennett, D.; *Darwin's Dangerous Idea*; Penguin, Londres, Inglaterra, 1995.

³⁶ Paralelamente, para explicar la supervivencia de un rasgo determinado en una especie hay que preguntarse “¿cómo es que esta característica ha favorecido la adaptabilidad de los organismos de esta especie a lo largo de la historia?”

para inferir qué cambios estructurales serán favorecidos en cierta población dado un período de tiempo, si se conocen las presiones selectivas *en un contexto escrupulosamente controlado*. Este es el equivalente del *ceteris paribus* de la teoría económica. La teoría darwinista no predice la estructura de los individuos exitosos; pero sí afirma palmariamente que, en cuanto dichos individuos comiencen a aparecer, la proporción de individuos menos eficientes en la población se reducirá progresivamente. Salta a la vista que los equilibrios de los modelos de teoría de juegos repetidos o iterativos³⁷ pueden entenderse como instancias de este algoritmo más general en las que las restricciones se refieren al carácter racional (maximizador) de las elecciones o intercambios y la unidad de reproducción son los *criterios* con que se determina dicha maximización (por ejemplo, la utilidad esperada): los criterios no maximizadores “perecen” y sobreviven solamente los “maximizadores”, conduciendo a sensibles alteraciones del equilibrio global y a nuevas elecciones por parte de los actores, etc. No obstante, como hemos visto, los sistemas ecológicos son siempre *anidados*. Toda especie convive con otras especies que forman parte de su entorno, de modo que los cambios estructurales de una pueden imponer presiones selectivas en las demás y viceversa, hasta alterar a la larga significativamente las condiciones de su entorno. Una idea forma parte de la “ecología mental” de un individuo, que a su vez forma parte de una familia, que encaja dentro de una sociedad, que pertenece a la especie humana, etc. Cada uno de estos niveles posee sus propios ítems de reproducción (“individuos”) y sus propias presiones evolutivas, cuyas ramificaciones se reparten por todas las capas. Es en este punto que la simplificación de la teoría de juegos tradicional comienza a demostrarse insuficiente. Para modelar cualquier decisión en ella es menester definir el “espacio de alternativas” *de manera rígida*, ya que cualquier alteración del mismo *en medio del “juego”* da al traste con los criterios que los jugadores manejan para elegir entre las alternativas disponibles impidiendo generar una estrategia coherente. Este problema se hace evidente cuando se considera que, para asignar a las acciones que componen diversas estrategias una “utilidad” (como en la familiar tabla de doble

³⁷ Que es el núcleo del modelamiento matemático de la acción racional. Véase Davis, M.; *Teoría de juego*; Alianza, Barcelona, España, 1971; Carnap, R., Morgenstern, O., y otros; *Matemáticas en las ciencias del comportamiento*; Alianza, Barcelona, España, 1974; Resnik, M.; *Elecciones: una introducción a la teoría de la decisión*; Gedisa, Barcelona, España, 1998; Shepsle, K., y Bonchek, M.; *Las fórmulas de la política: instituciones, racionalidad y comportamiento*; Taurus, México DF, México, 2005.

entrada que Morgenstern y von Neumann utilizaran en el libro que fundó la teoría³⁸), es necesario *diferenciarlas entre sí de manera mutuamente excluyente, exhaustiva e invariable*; pero existen *infinitas maneras de diferenciar dichas acciones* en función de una infinidad de criterios.

Analicemos el siguiente ejemplo:

Intentando alcanzar el pueblo de X nos hemos extraviado. De repente damos con un cruce de caminos: dos que conducen a la derecha y uno a la izquierda. Razonamos³⁹: “muy bien: sé que esta carretera conduce al pueblo X, así que tengo un 50% de probabilidades de llegar a él si tomo a la derecha y un 50% si a la izquierda. ¡No es una apuesta tan desesperanzada!...”

“¿O sí? Porque en realidad podría tomar no uno de *dos* caminos, sino de *tres*: el de la izquierda o uno de los dos de la derecha. Y entonces, la probabilidad de que uno cualquiera me deje en el pueblo será, en ausencia de datos, de 33,3%. Y esa ya no es una apuesta tan favorable...”

¿Cuál de las dos descripciones es la correcta?

La respuesta, como admite cándidamente Resnik, es *que no existe forma de dar una respuesta*:

Por desgracia, no existe un algoritmo para determinar cuándo una descripción de estado es o no adecuada. Tampoco hay algoritmos para decidir si un conjunto de estados es o no relevante.⁴⁰

³⁸ Von Neumann, J., y Morgenstern, O.; *Theory of Games and Economical Behavior*; Princeton University Press, Princeton, 1953.

³⁹ Haciendo uso del principio de “indiferencia de las alternativas”: en ausencia de información, se asigna la misma probabilidad a todas las alternativas disponibles. Este ejemplo se fundamenta en la teoría subjetivista de la probabilidad; pero puede generalizarse para el resto de teorías.

⁴⁰ Resnik, M.; *Elecciones: una introducción a la teoría de la decisión*; Gedisa, Barcelona, España, 1998; p. 31. Es interesante constatar que se ha dado una discusión semejante en el terreno de la Inteligencia Artificial oponiendo a los “simbolistas” (partidarios de imitar la inteligencia mediante sistemas formales de manejo de símbolos) y los “holistas” (que defienden las redes neurales como modelo y el reconocimiento de patrones como paradigma). Los “simbolistas”, dominantes hasta mediados de los 80, parecen haber entrado en franca decadencia; pues, como sostiene Hubert Dreyfus (*Fabricar una mente versus modelar el cerebro: la inteligencia artificial se divide de nuevo*; en Graubard, S. (comp.), *El nuevo debate sobre la inteligencia artificial: sistemas simbólicos y redes neuronales*; Gedisa, Barcelona, España, 1993), “si el conocimiento de fondo es una habilidad y si las habilidades se basan en patrones holísticos y no en reglas, podríamos esperar que las representaciones simbólicas sean incapaces de capturar nuestra comprensión de sentido común”. Véase también *Cognitive Science: From Computers to Anthills as models of human thought*, de Peter Gardenförs (en Internet: <http://www.hb.se/bhs/ith/2-99/pg.htm>). El mismo Gardenförs (*Conceptual Spaces: The Geometry of Thought*; Bradford Books, MIT Press, Mass, USA; 2000) asevera que la metáfora de “la mente como sistema simbólico” refleja mucho menos el funcionamiento humano que las representaciones espaciales; por ejemplo, no captura con

Y no existe porque “siempre que aplicamos la teoría de la decisión tenemos que efectuar algunas elecciones [previas]”⁴¹, que, por definición, *no pueden derivarse de la misma teoría de la decisión* y que deben tomarse *independientemente de ella*. Esto hace que, desde el marco de la teoría tradicional, *puedan cambiar las elecciones de los jugadores pero nunca las reglas que gobiernan dichas elecciones*; la estructura del juego no está sujeta a evolución.

La misma dificultad se puede expresar en otros términos. Es sabido que la forma en que se plantee un problema determinará el modo en que se intente solucionarlo. Así pues, el planteamiento de un problema es otro problema, cuya solución desborda el contexto del análisis (el “universo del discurso”) del primer problema. El problema “de primer orden” se halla *anidado* en este “problema de segundo orden” –para resolver el cual puede ser preciso *ensayar* unas cuantas alternativas hasta tomar partido⁴². Este “ensayo” es, justamente, la reproducción constante cuyas variaciones se someten a selección hasta alcanzar un patrón estable y adaptativo.

Hasta aquí llega la teoría de la elección racional: con ella se puede elegir entre diversas posibilidades en términos de una función de utilidad; pero no se puede elegir entre diversas funciones de utilidad, diversas maneras de formalizar la noción de “racionalidad” o entre posibilidades que no son completamente excluyentes –que se permean mutuamente, que tienen límites imprecisos y dependientes de la propia decisión. Como decía Schopenhauer, se puede conseguir lo que se quiere, pero no se puede querer otra cosa que la que se quiere (aunque se pueda querer ser distinto, querer abrigar otros deseos)⁴³.

exactitud los procesos de aprendizaje, sin duda fundamentales para (entre otras disciplinas) la teoría de juegos y la ciencia política.

⁴¹ Op. Cit., p. 33. Cf: “La vieja lucha continúa entre los intelectualistas, que piensan que porque pueden hacer lógica independiente del contexto poseen la clave del conocimiento cotidiano, pero son flojos comprendiendo la percepción, y los gestálticos, que tienen los rudimentos de un concepto de percepción pero no del conocimiento cotidiano... El problema sería entonces cómo combinar las estrategias. *No se puede conmutar para uno u otro lado*, pues como lo advirtieron Heidegger y los gestálticos, *el fondo pragmático juega un papel crucial para determinar la relevancia* (incluso en la lógica cotidiana y la resolución de problemas), y los expertos en cualquier campo, incluso la lógica, captan las operaciones en términos de sus parecidos funcionales” (Dreyfus, H.; op. Cit., p. 51; las itálicas son nuestras).

⁴² Algo parecido apunta George Tsebelis: “To summarise, the argument of this book is that if, with adequate information, an actor’s choices appear to be sub-optimal, it is because the observer’s perspective is incomplete. The observer focuses attention on only one game, but the actor is involved in a whole network of games – that I call *nested games*” (*Nested Games: Rational Choice in Comparative Politics*; University of California Press, Los Angeles, USA, 1990).

⁴³ “Nada puede resultar más absurdo que, partiendo de la reflexión, querer ser algo distinto de lo que se es” (*El mundo como voluntad y representación*).

En conclusión, la “teoría de juegos” funciona cuando podemos deslindar las reglas de un juego de manera que no muden a resultas del mismo (o sea, preservar el *ceteris paribus*); pero la vida humana se asemeja a un juego cuyas reglas van cambiando a medida que aprendemos a jugarlo⁴⁴. Y esto nos deposita en el primero de los dilemas antes mencionados: el énfasis en el resultado versus el énfasis en el proceso.

3. Los dilemas de la tradición occidental y la teoría evolutiva

3.1. La naturaleza del cambio social: énfasis en el resultado versus énfasis en el proceso

Los economistas neoclásicos (y la teoría de la acción racional) suelen hacer hincapié en los *resultados* de los procesos de asignación de recursos del mercado (o de elección de estrategias en un juego) por encima de la *dinámica* de dichos procesos⁴⁵. La Escuela Austríaca de Economía⁴⁶, por su parte, se centra en el proceso por el cual dichos actores asignan sus bienes en medio de situaciones de incertidumbre, conocimiento disperso y racionalidad imperfecta; y en la manera en que dicho proceso puede conducir a distintos tipos de equilibrio. La pregunta básica de la escuela austríaca es: ¿cómo se coordinan los diversos actores de un sistema económico? ¿Cómo es que, por ejemplo, cuando voy a comprar una manzana a la tienda, hay allí una manzana esperando por mí? Así, su análisis se extiende a la manera en que los diversos planes individuales se entremezclan para formar un plan global que, a su vez, modifica los planes individuales.

Esto ha sido explicado brillantemente por Hayek en su clásico *Economics and Knowledge*⁴⁷. En realidad, la coordinación entre las conductas de diversos actores es posible en la medida en que cada uno *predice* lo que los demás pretenderán hacer llegado el momento (comprar o vender qué, a qué precio y en qué cantidad, por ejemplo). Si bien los planes de una persona, considerados aisladamente (esto es, *ceteris paribus*), pueden encontrarse en equilibrio entre sí (es decir, ser coherentes y viables), de modo que ésta puede embarcarse en un curso de conducta exento de contradicción interna, en cuanto la persona “entra” en la liza de la sociedad dicho equilibrio se

⁴⁴ En la feliz frase de Polanyi: “the logical structure of this process is not quite that of inventing a game, but rather that of the continued invention of a game in the very course of playing the game” (Polanyi, M.; *Personal Knowledge: Towards a Post-Critical Philosophy*; Harper, New York, USA, 1964; p. 186).

⁴⁵ Para una excelente descripción de los modelos neoclásico, keynesiano y austríaco véase Rodríguez, A.; *Plan, acción y mercado: un análisis acerca de la naturaleza y alcance de la teoría económica contemporánea*; Unión Editorial, Madrid, España, 2006.

⁴⁶ Representada sobre todo por Ludwig von Mises, F. A. Hayek y Carl Menger.

⁴⁷ Discurso presidencial ante el *London Economic Club*; *Economica*, IV, 1937.

tambalea inevitablemente, ya que parte de la información que requiere para organizar sus planes está en manos de otras personas –y lo que es peor, no existe todavía. “¿A qué precio se comprarán las manzanas dentro de un año, cuando pueda cosecharlas?” es una incógnita que el agricultor debe despejar para calcular el monto de su inversión; pero es el resultado de infinidad de variables, ante todo, de los montos que el resto de agricultores están dispuestos a apostar para plantar manzanas (la cantidad de la oferta) y de la importancia que las manzanas pueden tener en la vida de los compradores dentro de un año (demanda). *A fortiori*, se trata de un sistema cuyos valores individuales se codeterminan, por lo cual está sujeto a equilibrios de un orden de abstracción sumamente elevado. Y sólo este elevado nivel de abstracción mantiene el funcionamiento del sistema ante “externalidades” impredecibles (como, por ejemplo, una sequía).

La postura neoclásica, nuevamente, puede reconducirse a sus raíces filosóficas en la tradición griega. Como es sabido, Heráclito defendía que sólo existía el devenir, frente a Parménides, para quien la permanencia era el fundamento del universo. Aristóteles trató de resolver este dilema juntando las dos posturas e indicando que cuando una cosa cambia, hay en ella algo que permanece, y viceversa. Lo que permanece es la “materia”, lo que cambia, la “forma”. Cada ser es lo que es debido a que su “esencia” o “forma” *ordena* su “materia”. Gracias a aquella es como es y a la vez diferente de las demás cosas.

Ahora bien: en la visión aristotélica las “formas” son compartimentos estancos; cada organismo posee una sola, que define su “especie” y que es absolutamente diferente de las “esencias” de otros organismos. Las cosas poseen “en su interior” y “en potencia” las formas futuras que han de adoptar; conocer, por ende, es conocer dichas “formas”, que coexisten inexorablemente aisladas en un universo inmóvil e invariable. Una vez conocida la “esencia” de un ser, todas sus facetas y variaciones se vuelven predecibles (en principio). Pero entonces, el “cambio” deviene una mera apariencia, ya que la “esencia” del ser y sus “formas en potencia” determinan inequívocamente su futuro.

La revolucionaria solución de Darwin fue que las especies no son esencialmente distintas sino que se reparten desigualmente a lo largo y ancho de un imaginario “espacio de posibilidades”, cuyas zonas más densamente pobladas (por organismos que se asemejan más entre sí que al resto) nos permiten diferenciar una especie de otra. No hay “formas” sino características estructurales relativamente heterogéneas que los observadores podemos separar y categorizar y que han derivado de incontables

repeticiones del algoritmo evolutivo sobre los genotipos. En otras palabras: *no se trata de un conjunto abigarrado de estados discretos y separables sino de hitos en medio de un solo proceso continuo*. Así como es arbitrario decir que la Edad Media terminó con la toma del Imperio Romano (y no, por ejemplo, con la invención de la imprenta), es también arbitrario diferenciar a un escarabajo de otro por el largo de sus patas y élitros, ya que ambos no son más que “soluciones” relativamente semejantes al problema de sobrevivir en un entorno dado. El cambio no es la excepción sino la regla; no es el canon de la perfección sino una pausa momentánea en un flujo interminable. Y, como sabía Aristóteles, el cambio convive siempre con recurrencias que lo engloban desde un nivel más abarcativo.

Así, no se trata ya de explicar el cambio, que se da por supuesto, sino de explicar las recurrencias estructurales, los equilibrios que se alcanzan, que son de muy largo alcance y están compuestos de innumerables desequilibrios locales:

[Austrian Economists] focus on the *institutions* that emerge because people lack perfect knowledge and try to cope with this uncertainty. Money is just one example of such institutions⁴⁸.

Asimismo, se enfatiza la *flexibilidad* de los organismos por encima de su *coherencia*; para sobrevivir, es preciso que desarrollen una gama de conductas suficientemente amplia para abordar los diferentes escenarios con que podrían encontrarse –sin exceder los límites de su estructura. Y finalmente, el orden del sistema, el tipo y características de las “especies” que lo componen, sólo puede descubrirse *a posteriori* –y sólo temporalmente, en la medida en que se encuentren en un momento de relativo equilibrio que podamos ver dentro de un plazo apropiado. Esto es, el *sentido* de los diversos episodios del proceso sólo se aquilata una vez han concluido estos y desde la privilegiada perspectiva del episodio siguiente.

Por supuesto, cada equilibrio está definido por las expectativas que los actores se hacen de la conducta de los demás y viceversa; de forma que los equilibrios se construyen siempre a futuro –pero se comprenden siempre hacia el pasado, en un vaivén continuo e insoslayable. El *ceteris paribus* es un artificio, una restricción que facilita la

⁴⁸ Walker, D.; *Austrian Economics*, en Henderson, D. (ed.); *The Concise Encyclopedia of Economics*; Liberty Fund, Inc.; Library of Economics and Liberty. 2006. (En Internet: <http://www.econlib.org/library/Enc/AustrianEconomics.html>).

anticipación del resto de circunstancias; pero la naturaleza misma del proceso lo desarma una vez que se han dado suficientes generaciones del algoritmo evolutivo:

An individual's action takes place through time. A person decides on a desired end, chooses a means to attain that end, and then acts to attain it. But because all individuals act under the condition of uncertainty—especially uncertainty regarding the plans and actions of other individuals—people sometimes do not achieve their desired ends. The actions of one person may interfere with the actions of another. The actual consequences of any action can be known only after the action has taken place. This does not mean that people do not include in their plans expectations regarding the plans of others. But the exact outcome of a vast number of plans being executed at the same time can never be predicted. When offering a product on the market, for example, a producer can only guess as to what price will produce the greatest demand for his product or how many, if any, new competitors will enter his market. *Offering a product on the market is always a trial-and-error, never-ending process of changing one's plans to reflect new knowledge one gains from day to day*⁴⁹.

Si aplicamos la perspectiva darwinista a la teoría de juegos podríamos decir que es el observador quien impone el orden; esto es, que cada jugador selecciona sus propias “descripciones de estado” y los conjuntos de estados que serán relevantes para su estrategia. Así, los miembros de un juego no solamente eligen estrategias dentro del conjunto de estados y resultados definido por el analista; sino que, ante todo, *van redefiniendo dicho conjunto a medida que juegan y en función de cómo encajan sus pérdidas y ganancias con las expectativas que se habían formado*. No es sólo que vayan aprendiendo del juego mientras participan de él; en realidad *es su propia participación lo que lo construye* —en tanto que el intento de descifrar las intenciones del otro va cincelandando las reglas que según cada actor rigen el juego en que se hallan.

Salta a la vista que la visión darwinista es más fiel a la experiencia del vivir que la de la teoría de la acción racional. La vida humana sigue estas mismas premisas: se vive hacia delante, pero se comprende en retrospectiva; y se va perfilando a medida que se vive. Es impredecible, ya que no respeta el *ceteris paribus*; jamás podrían tomarse en cuenta

⁴⁹ Walker, D.; op. Cit.

todas las posibilidades, los “estados” que podrían afectar a una estrategia dada; y los jugadores más avezados no son los que se apegan a su estrategia a rajatabla sino los que se atreven a modificarla según lo requiera el contexto –sin perder de vista sus objetivos más globales. Pero, además, el darwinismo ofrece una solución a la antiquísima pregunta del *nacimiento de la sociedad* –que aclara de un plumazo los malentendidos del contractualismo y abre una puerta hacia un análisis de las instituciones que incluya a la emocionalidad.

3.2. El nacimiento de las sociedades: fundación versus surgimiento

El contractualismo (que como hemos visto se puede retrotraer hasta los escritos de Platón) postula que la sociedad nace de la necesidad de los seres humanos de unirse en pos de intereses comunes o de protegerse de la violencia abdicando de ella a manos de un “supraindividuo” (el Leviatán, Estado o Ciudad). Las sociedades son *planeadas*: una o varias personas *les dan un orden* (por ejemplo, en la teoría platónica, a través de la legislación) y luego se encargan de mantenerlo (por ejemplo, a través de los tribunales y la policía). El contrato es vinculante dado que cada ciudadano lo “firma” implícitamente con su mera pertenencia al sistema; y su forma está definida por los consensos: las decisiones de la mayoría (directa o representativa) devienen regla y se plasman en los edictos del Estado.

Hayek ha llamado a esta falacia (típica del marxismo en sus diversas acepciones) “racionalismo constructivista” (y en sus momentos más acerbos, “fatal arrogancia”)⁵⁰. Parte de imaginar que el orden de la sociedad puede ser “planeado” centralizadamente; lo cual es impracticable, ya que, como hemos indicado en el apartado anterior, el conocimiento que se requiere para elaborar un orden viable está disperso entre todos los miembros de la sociedad y es imposible de centralizar. La teoría evolutiva postula, por su parte, que *las sociedades emergen del intento de los individuos de coordinar tácitamente sus acciones mutuas*; y que, a su vez, este intento se deriva de que *la estructura orgánica de los individuos, que les permite concebir la posibilidad de coordinación, ha sido seleccionada por el algoritmo evolutivo*. Nadie “concibe” una sociedad; solamente intenta entender su organización *una vez que ésta ha surgido*.

De nuevo, las raíces conceptuales del malentendido contractualista se encuentran en la tradición griega; en concreto, en la metafísica aristotélica y en su visión del “orden”. A

⁵⁰ Hayek, F. A.; *La fatal arrogancia*; Unión Editorial, Madrid, España, 1997.

diferencia de Darwin (y la totalidad de la biología y la física contemporáneas), Aristóteles no podía imaginar que (dadas ciertas restricciones, como las leyes de la física y la química) un orden pudiera surgir por sí mismo; para él, todo orden se deducía en última instancia de una “mente” que lo “imaginaba” y hacia el cual se proyectaban las acciones. El universo mismo era una muestra de *teleología*, la encarnación de un propósito trascendental. ¿De qué otra manera (se pregunta Aristóteles prefigurando la estrategia retórica de la mayoría de antievolucionistas) se explica la maravillosa armonía entre las flores y las abejas, los dientes de un lobo y la carne de un conejo, el trigo, los gusanos y los pájaros? Ha de ser porque los anima un *propósito*, una orientación hacia el futuro, realizada por *alguien*. Y dado que imaginar una cadena infinita de causas y efectos es absurdo, debe existir un Gran Arquitecto, una mente divina, cuyos diseños descubrimos en el rincón más minúsculo.

La teoría evolutiva postula que el “orden” nace de la aplicación repetida del algoritmo evolutivo, que selecciona a las estructuras más viables (es decir, coherentes entre sí). Nuestra impresión de que existe una “armonía preestablecida” se debe únicamente a la estrechez de nuestra perspectiva temporal; si pudiésemos mirar el mundo hace miles de millones de años no descubriríamos tal “armonía” sino una multiplicidad ingente de organismos diversos y bizarros pugnando por sobrevivir, cuyas variaciones han sido “podadas” a lo largo de millares de generaciones. *No se necesita de una “mente colectiva” para ordenar una sociedad: la sociedad se ordena a sí misma.*

Ahora bien: está claro que algunas instituciones humanas *sí que nacen de un plan*: las leyes, las empresas o las familias se constituyen cuando un conjunto de personas alcanzan alguna suerte de pacto para coordinar sus actividades a futuro. La teoría evolutiva no niega este hecho; sostiene que incluso estas instituciones están sujetas al algoritmo evolutivo, y que por más que todos los circunstantes estén de acuerdo, el devenir de la institución (y las conductas de sus miembros) estará sujeto a la selección, la reproducción y la variación del mismo modo que una institución que ha aparecido espontáneamente.

Una de las consecuencias de la teoría evolutiva⁵¹ es que *toda decisión de una mayoría debe asumir estos límites*; en otros términos, ya que una sociedad no puede crearse *ad hoc*, tampoco puede reformarse *ad libitum* –ni siquiera a través del “consenso” o el

⁵¹ Ampliada en la sección 5.1.

“diálogo”, pues incluso éstos acaecen en el marco de instituciones seleccionadas por el algoritmo evolutivo y no sujetas al cambio voluntario.

En la teoría de la acción colectiva, el contractualismo adquiere el nombre de “pluralismo”: la idea de que los grupos sociales se forman de manera natural *a partir de intereses comunes*. Empero, tanto la psicología social como la teoría de Mancur Olson parecen apuntar, por el contrario, que *los intereses de los individuos van moldeándose de acuerdo con los grupos a los que se van uniendo*⁵².

Finalmente, esto conduce a suponer que el complejo orden social humano, las “instituciones” de más largo alcance tienen que ver con la estructura del sistema nervioso, que favorece a su vez el mantenimiento y supervisión de la constante coordinación entre las personas (para maximizar su probabilidad de supervivencia). Exponer el complejo interjuego entre la “identidad”⁵³, la conducta y la toma de decisiones se escapa de este texto; no así el papel de las *emociones*, fundamento de las sociedades emergentes humanas y último dilema de la tradición occidental que abordaremos.

3.3. La emoción: el convidado de piedra de la teoría social

Con algunas notables excepciones, la emocionalidad ha sido *terra incognita* para los teóricos de la sociología, quienes la han dejado a los psicólogos –quizá repitiendo el histórico desdén de Durkheim por la individualidad. En *Normas sociales y teoría económica*⁵⁴, Jon Elster postula que la emoción puede contribuir a explicar el por qué las personas siguen las normas de una sociedad aunque eso no siempre redunde en su beneficio (alineándose así con la teoría de Durkheim del control social). Pero postula también que sigue siendo un enigma el funcionamiento de la emoción y el modo en que delimita la acción racional.

Desde una perspectiva evolutiva, salta a la vista que el abordaje de Elster se ve obstaculizado por sus supuestos racionalistas, herederos de la tradición griega; los mismos supuestos que sobre la emoción abriga la psicología popular, esa que todos

⁵² Con lo cual, también se va moldeando su *identidad*. Véase Shepsle, K., y Bonchek, M.; *Las fórmulas de la política: instituciones, racionalidad y comportamiento*; Taurus, México DF, México, 2005, p. 231; Aronson, E.; *Introducción a la psicología social*; Alianza, Barcelona, España, 1972.

⁵³ Que va mucho más allá de la “identidad social” debatida por Elster (*Nomas sociales y teoría económica*; en *Las limitaciones del paradigma de la elección racional: las ciencias sociales en la encrucijada*; Institució Alfons el Magnànim, Valencia, España, 2000), la “pertenencia a un grupo”, y se refiere más bien a la *experiencia de las continuidades de la propia existencia a lo largo del tiempo*.

⁵⁴ En Elster, J.; *Las limitaciones del paradigma de la elección racional: las ciencias sociales en la encrucijada*; Institució Alfons el Magnànim, Valencia, España, 2000.

empleamos en nuestra vida cotidiana. Tendemos a entender las emociones como “fuerzas” que se nos imponen y que nos compelen a actuar impulsivamente y en contra de nuestro mejor juicio⁵⁵. Por su parte, entre los griegos arcaicos (e incluso en los escritos de Platón) las emociones eran vistas como “demonios” o seres que poseían a las personas:

Cuando Teognis llama a la esperanza y al miedo “demonios peligrosos”, o cuando Sófocles habla de Eros como un poder que “pervierte al mal a la mente justa para su destrucción”, no debemos despachar esto con la etiqueta de “personificación”: tras ello está el viejo sentimiento homérico de que estas cosas no son verdaderamente parte del yo, puesto que no están sometidas al control consciente del hombre; están dotadas de vida y de energía propias y pueden forzar al hombre, por así decirlo, desde afuera a un comportamiento que le es ajeno⁵⁶.

Como se ve, el sustrato de esta concepción es que el ser humano es un mero receptor pasivo de una fuerza incontrolable e insoslayable, bien personificada (como un demonio), bien impersonal (como una “energía”). En el enfoque racionalista esto se traduce en considerar a las emociones causantes de la “debilidad de la voluntad” (cuando una persona *sabe* lo que tiene que hacer pero no es capaz de *ponerlo en práctica*) o de los “errores de juicio”.

Pero desde una perspectiva evolutiva, la emoción es comprendida como una forma de conocimiento tácito que define la posición de una persona ante un evento o contexto y el dominio de la acción a seguir⁵⁷. En otras palabras, las emociones nos indican no lo que existe en el mundo externo sino cómo eso nos afecta o podría afectarnos; y no sólo a nuestra supervivencia sino a la continuidad de nuestra identidad. Nos preparan para actuar, en fracciones de segundo, determinando el repertorio de conductas entre las que hemos de elegir –y, por ende, organizando las pautas de acción: “¿debo huir o luchar?”,

⁵⁵ Quizá el primero en reconocer esto haya sido George Kelly, fundador de la Teoría de Constructos Personales. Véase Kelly, G. A.; *Psicología de los constructos personales: textos escogidos*; Paidós, Barcelona, 2001; *The Psychology of Personal Constructs*; W. W. Norton & Co., New York, 1955.

⁵⁶ Dodds, E. R.; *Los griegos y lo irracional*; Alianza, Barcelona, España, 1983; p. 51.

⁵⁷ En otros términos, las emociones nos ahorran el problema de la regresión infinita de los contextos de elección expuesto en la sección 2.5. Para una explicación exhaustiva pero accesible, véase Ekman, P.; *Emotions Revealed*; Times Books, New York, USA, 2003; Solms, M., y Turnbull, O.; *El cerebro y el mundo interior: una introducción a la neurociencia de la experiencia subjetiva*; Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 2004.

“¿Debo aproximarme o alejarme de esta persona?” Así, entender una reacción emocional es entender el contexto en que ocurre, la forma en que la persona se experimenta a sí misma y a su entorno y la acción que pone en marcha en consecuencia. Lejos de ser una “energía” que “anima” a un ser de por sí inerte, la emoción es parte de la actividad que dicho ser realiza continuamente en su intento de mantenerse a sí mismo acoplándose al entorno. Es una “simulación tácita”, una forma de anticipar una situación o escenario y prepararse para él⁵⁸.

Vistas así, las ventajas evolutivas⁵⁹ que las emociones entregan a los organismos son evidentes: primero, les informan permanentemente acerca de su propio “estado interno” (hambre, sueño, desamparo, etc.); segundo y más importante, les permiten asociar ciertas escenas u objetos con sus propias reacciones positivas o negativas, favoreciendo el aprendizaje y reduciendo los tiempos de reacción en ocasiones subsiguientes – maximizando sus probabilidades de supervivencia⁶⁰.

En efecto, lejos de inhibir o dificultar el razonamiento, *las emociones son su punto de partida y marco de referencia*, ya que establecen *las continuidades de experiencia que sostienen la identidad*. Y aunque la teoría de la acción racional prefiera hacer caso omiso de ello, *toda acción se toma en el contexto de una identidad*, de la respuesta (más o menos tácita) a las preguntas siempre presentes (e igualmente tácitas) “¿quién soy yo?” y “¿en quién voy a convertirme si llevo a cabo *esto*?”⁶¹ Y toda decisión incluye entre sus criterios los cambios que puede acarrear sobre la identidad de quien la ejecuta.

⁵⁸ De la visión evolutiva de las emociones se sigue, entre otras cosas, que los problemas psicológicos no se resuelven tratando de *controlarlas* sino de *comprenderlas*. Más aún: el intento de controlar una emoción suele desencadenar un círculo vicioso que tiende a exacerbarla – hasta desembocar, casi siempre, en la pérdida total de control. La clave consiste en preguntarse: “¿qué me dice esta emoción acerca de *mí*? ¿Cómo me estoy viendo, cómo estoy experimentando la situación y a quienes me rodean para que esta emoción pueda surgir?”

⁵⁹ La siguiente discusión se apoya ante todo en el libro de Peter Gardenförs *How Homo Became Sapiens: On the Evolution of Thinking* (Oxford University Press, New York, USA, 2006). Puede también consultarse *El primate elegido*, de Adam Kuper (Crítica, Barcelona, España, 1996). *El Mono Desnudo*, de Desmond Morris (Plaza y Janés, Barcelona, España, 1967), aunque un tanto desfasado, es de una claridad envidiable.

⁶⁰ Esta es la célebre teoría del “marcador somático” propuesta por Antonio Damasio (*El Error de Descartes*; Crítica, Barcelona, España, 2006).

⁶¹ Este hecho no ha pasado desapercibido a los herederos de la fenomenología en ciencias sociales; por ejemplo, a Thomas Luckmann, quien ha recogido las semillas plantadas por Alfred Schütz (Luckmann, T.; *Teoría de la acción social*; Paidós, Barcelona, España, 1996). Pero esta necesidad de mantener la coherencia entre diversos aspectos del “yo” y sus conductas es vieja conocida de la psicología, desde la “autoconsistencia” de Lecky (Lecky, P.; *Autoconsistencia: una teoría de la personalidad*; Desclée de Brouwer, Bibao, España, 1977) hasta la “disonancia cognitiva” de Festinger (Festinger, L.; *A Theory of Cognitive Dissonance*; Stanford University Press, California, USA, 1957); y hunde sus raíces en la magistral discusión de William James a finales del S. XIX sobre la “rivalidad y conflicto de los yo diferentes” (James, W.; *Principios de Psicología*; Editorial Glem, Buenos Aires, Argentina, 1945; p. 289 y ss.)

Explorar las consecuencias de este aserto para la teoría de la acción racional nos conduciría fuera de los límites de este texto⁶². Empero, vale la pena citar por extenso un ejemplo del neurocientífico Antonio Damasio, que ha defendido enérgicamente la interdependencia entre emoción y razón:

Los pacientes [...] compartían varios rasgos de personalidad. Rígidos y perseverantes en su enfoque de la vida, ambos eran incapaces de organizar su actividad futura y de conservar un empleo remunerativo; carecían de originalidad y creatividad; tendían a jactarse y a presentar una opinión favorable de sí mismos; mostraban maneras generalmente correctas, pero estereotipadas; eran menos capaces que los demás de experimentar placer o reaccionar al dolor... Una manera de describir su compleja situación es que *nunca construyen una teoría adecuada acerca de su persona, o acerca del papel social de su persona en la perspectiva del pasado y el futuro*. Y lo que no pueden construir por sí mismos, tampoco lo pueden generar para otros. *Están privados de una teoría de su propia mente y de la mente de aquellos con los que interactúan*⁶³.

Como también ha demostrado Damasio⁶⁴, el cerebro humano “refleja” automáticamente las reacciones emocionales de los congéneres con el fin de favorecer la comprensión y fundamentar el diálogo –es decir, de *facilitar la coordinación de la acción conjunta*. Así, el simple hecho de observar a una persona haciendo una mueca produce un “eco” en nuestro cerebro, una activación refleja y subconsciente de las zonas neuronales que desencadenarían la misma mueca en nuestra cara⁶⁵. Parece razonable inferir que esta activación nos posibilita adivinar el estado emocional de la otra persona “poniéndonos en su piel” vicariamente (ya que, a su vez, se ha demostrado que realizar un gesto revive la emoción asociada al mismo, si bien con menor intensidad⁶⁶); que este proceso ocurre en cada una de nuestras interacciones y contribuye a mantener una cierta “armonía

⁶² La única aplicación de esta teoría de la que tengo noticia es un artículo en proceso de Helga Dittmar (de la Universidad de Sussex) que demuestra (en base al análisis de regresión múltiple) la relación entre la identidad de género y el hábito de compra compulsiva. Es de esperar que este prometedor hallazgo promueva nuevas aplicaciones de la misma hipótesis en distintas situaciones.

⁶³ Damasio, A.; op. Cit., p 80; las itálicas son nuestras.

⁶⁴ Op. Cit.; lo recoge también Ekman en el libro antes citado.

⁶⁵ Véase Aziz-Zadeh, L; Wilson, S.; Rizzolatti, G., y Iacoboni, M.; *Congruent Embodied Representations for Visually Presented Actions and Linguistic Phrases Describing Actions*; *Current Biology*, Vol. 16., 1818-1823, septiembre 2006 (disponible en Internet: <http://www.current-biology.com/content/article/abstract?uid=PIIS0960982206019683&highlight=mirror-aff4>).

⁶⁶ Ekman, P., op. Cit., p. 47 y ss.

emocional” entre todos los participantes; y que, si no ocurriese o se viera inhibido, los intercambios conducirían al conflicto mucho más frecuentemente.

La facilitación de la coordinación interpersonal deviene una nueva ventaja evolutiva, pues posibilita la realización de acciones conjuntas organizadas por mínimos cambios gestuales o faciales (habilidad imprescindible, por ejemplo, a la hora de cazar una presa en grupo) y las reacciones casi instantáneas a situaciones amenazantes que acaecen a los otros (por ejemplo, iniciar la huida al observar la expresión de terror de un colega).

A esto debemos añadir los hallazgos de la teoría del apego⁶⁷, que estudia la naturaleza de las relaciones primarias entre un bebé y sus cuidadores y sus efectos en su vida de niño y adulto. A estas alturas, se sabe más allá de toda duda que *los bebés completamente privados de afecto se dejan morir*:

Las primeras observaciones de niños sin familia mostraron importantes trastornos del comportamiento. La misma secuencia conductual se repite ineluctablemente. Primero, los niños protestan mediante gritos, llantos, agitaciones y llamadas. Luego, la desesperación se manifiesta por un aumento de las actividades autocentradas: mirada baja en silencio, automanipulación de la cabeza, las manos, el sexo, balanceos y resoplidos. Por último, aparece la indiferencia, después de un largo período de aislamiento. El niño ya no reacciona a las estimulaciones alimentarias o afectivas. Los bebés se acuestan boca abajo, con las nalgas hacia arriba, y *se dejan morir*⁶⁸.

Y esto también es un mecanismo seleccionado por el algoritmo evolutivo, ya que el bebé humano es la más indefensa de las criaturas. A cambio de su corto tiempo de gestación (en proporción al resto de mamíferos) y de la capacidad de aprendizaje y adaptación que le proporciona el período infantil (muchísimo más largo que el de cualquier otra especie, incluyendo a los primates), el bebé humano requiere, en mayor medida que cualquier otro animal, de los cuidados de su madre para seguir vivo. Si la madre o el cuidador se ausentan, el bebé comienza a hacer ruido para llamarlos; si no lo consigue, se centra en sí mismo y trata de calmarse; y si aún no aparece, se encierra en un mutismo que, prolongado, lo lleva a la tumba. Sin su cuidador no tiene esperanza

⁶⁷ Para una introducción global a la teoría, véase Bowlby, J.; *Una base segura: aplicaciones clínicas de una teoría del apego*; Paidós, Barcelona, España, 1989; Cyrulnik, B.; *Bajo el signo del vínculo: una historia natural del apego*; Gedisa, Barcelona, España, 1989.

⁶⁸ Cyrulnik, B., op. Cit., p. 245.

alguna de sobrevivir ni capacidad de defenderse; así, guardar silencio luego de un primer intento de invocarlo le impide atraer inadvertidamente a los depredadores que podrían andar cerca.

La evolución se ha asegurado de que la madre se sienta conminada a atender a sus ruegos aun a su pesar⁶⁹; de ahí que el vínculo bebé-madre sea tan vigoroso –pero también que su ruptura o disfunción en la primera infancia predispongan a la persona a un sinnúmero de dificultades en sus relaciones afectivas. La selección ha colocado las emociones, en particular la de desamparo o seguridad, en el núcleo del funcionamiento neuronal, de modo que la desesperación ocasionada por la desprotección se imponga a cualquier otra necesidad por taxativa que sea. Un bebé preferirá ser acariciado a ser alimentado; un niño soportará golpes, gritos y amenazas con tal de mantener la cercanía de su cuidador; un adulto preferirá conservar su ilusión de que “esta vez ella sí que va a cambiar” a sentir el agudo vacío en la boca del estómago que se asocia con la soledad. En suma, *la búsqueda de seguridad afectiva es la más profunda de las necesidades humanas*, el ladrillo con el que están hechas las sociedades; es el acicate más penetrante de la motivación humana.

Este hecho está comenzando a ser reconocido dentro de la joven perspectiva del análisis emocional de las organizaciones, que ya lo ha bautizado de “emocionalidad acotada”

Specifically, Mumby and Putnam reexamined bounded rationality and concluded that it failed to take sufficient account of the power of emotion. They suggested that “emotions constitute a way of knowing that differs from but complements traditional rationality”. Thus, in effect, cognitive theory is flawed because it dismisses emotion as “irrational” and therefore beyond the pale of systematic analysis. As such, bounded emotionality formed “an alternative mode of organizing in which nurturance, caring, community, supportiveness, and interrelatedness are fused with individual responsibility to shape organizational experiences”. It extends the idea of bounded rationality (and cognitive theory) to

⁶⁹ Cyrulnik cita las reacciones de los adultos a la reproducción de grabaciones del llanto de bebés desconsolados: “Si se reproduce el mismo sonido ante un grupo de adultos, se provocan de inmediato somatizaciones ansiosas. «Me siento mal –dirán las mujeres–. Estos gritos me dan calambres de estómago»”. (*Bajo el signo del vínculo: una historia natural del apego*; Gedisa, Barcelona, España, 1989; p. 59).

take in the idea that emotions can be analyzed systematically and should be included in models of organizational behavior and decision making.⁷⁰

En esta visión, la emoción *acota* el ámbito de operación de la racionalidad y define el tipo de acción disponible para el agente en función del tipo de relación que éste experimente con sus congéneres (amenazante o colaborativa) y de la posición en que se encuentre en una escala jerárquica (formal o no)⁷¹. Aunque joven, el análisis de las emociones en la organización promete transformarse en todo un cambio de paradigma en la psicología –y tal vez, a la larga, en las ciencias sociales.

4. Aplicaciones de la teoría evolutiva

4.1. El carácter psicológico de las instituciones sociales

Desde la psicología de inspiración evolutiva puede decirse que las instituciones más abstractas y de más larga duración consisten en *formas de experimentar el mundo* que se transmiten de generación en generación; esto es, en racimos de creencias, emociones y sensaciones que predisponen a las personas en una dirección u otra *sentando el dominio de la acción* en los diferentes contextos que afrontan en su cotidianidad y manteniendo la coherencia entre la conducta de los diversos actores que tejen la sociedad. Así, organizan las interacciones *a un nivel de abstracción sumamente elevado* –que sólo se deja contemplar tomando como marco de referencia otras instituciones de igual alcance.

Estas formas de experimentar el mundo proponen un *sentido* último de la existencia, que sirve de horizonte para todas y cada una de las actividades que realiza cualquier ser humano. De ahí que suelen identificarse con la *religión*; pues, como indica William James, “la religión, sea lo que sea, es una reacción total ante la vida”⁷².

⁷⁰ Härtel, C., Zerbe, W., y Ashkanasy, N. (eds.); *Emotions in Organizational Behavior*; Lawrence Erlbaum Associates, Londres, Inglaterra, 2005; p. 3.

⁷¹ Desgraciadamente, elaborar este punto tal y como ha sido desmenuzado en la tradición de la terapia familiar sistémica desbordaría los límites de este texto. Remitimos al lector al admirable análisis de Bateson acerca de las relaciones “simétricas”, “complementarias” y “pseudocomplementarias” en *Moral y carácter nacional y Bali, el sistema de valores de un Estado estable* (en *Pasos hacia una ecología de la mente*; Lohé-Lumen, Buenos Aires, Argentina, 1985); también a su resumen y ejemplificación en el clásico *Teoría de la Comunicación Humana* (Watzlawick, P., Bavelas, J., y Jackson, D.; Herder, Bilbao, España, 1995).

⁷² James, W.; *Variedades de la Experiencia Religiosa*; Península, Barcelona, España, 2002; p. 66. En el clásico *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, publicado en 1917, Rudolf Otto se aproxima a lo que se postula aquí (Alianza, Barcelona, España, 1980).

Estas instituciones se resisten a la investigación empírica ya que son *tácitas*. La razón es simple: para poder hablar de algo es preciso colocarlo *dentro* de un contexto o “universo del discurso” y contrastarlo o diferenciarlo de otros “objetos mentales”. Pero, en este caso, es imposible, ya que estas instituciones *son el contexto dentro del cual existimos* (y existen también, *a fortiori*, nuestras prácticas de investigación). Son, por ende, inefables; sólo se puede aludir a ellas cuando han dejado de ser tan abstractas para dar paso a otras⁷³. Parafraseando a Wittgenstein⁷⁴, no se puede hablar del marco del cuadro desde dentro del cuadro⁷⁵. Hans Georg Gadamer⁷⁶ y F. A. Hayek⁷⁷ han llamado a este tipo de instituciones “tradición”, un nombre especialmente apropiado⁷⁸.

En tanto que este sentido se vincula con las raíces de la experiencia individual de la existencia; con el modo en que cada miembro de una sociedad aborda el universo, el futuro, a los demás y a sí mismo; con las sensaciones, creencias y emociones que ordenan su comportamiento; con la respuesta a la pregunta “¿qué *siento* ante el hecho de seguir vivo?”, las instituciones más abarcativas y constantes son *de carácter psicológico*.

Existe cierto apoyo empírico para esto en la obra de John Gottman acerca de *metaemoción*: el conjunto de creencias, más o menos articuladas, que las personas abrigan con respecto a las emociones en general y a sus propias reacciones emocionales en particular⁷⁹. Las personas emplean estas creencias para orientarse en su mundo interno, dar sentido a sus actos y respuestas y, sobre todo, *juzgar su propio desempeño y su valor como seres humanos*. Dichas creencias, a su vez, contribuyen a generar

⁷³ Para un análisis más extenso de la “inefabilidad” desde el taoísmo, la psicología y la filosofía de Wittgenstein, véase Laso, E.; *Conocimiento Encarnado: en defensa de la metafísica* (trabajo de investigación no publicado para el Doctorado en Psicología Social de la U. Autònoma de Barcelona, España, 2002; disponible en Internet: <http://estebanlaso.com/pdfs/encarnado.pdf>).

⁷⁴ “Cabría acaso resumir el sentido entero del libro en las palabras: lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y *de lo que no se puede hablar hay que callar*” (Wittgenstein, L.; *Tractatus Logico-Philosophicus*; Alianza, Barcelona, España, 1973).

⁷⁵ Por la misma razón, y como hemos postulado en la sección 3.2, estas instituciones no están sujetas al cambio voluntario –ni a través de la “revolución” ni por medio del “consenso” habermasiano, que deben medrar *dentro de la misma institución que pretende modificar desde sus cimientos*. Esto se discutirá al final de este texto aplicándolo a la realidad ecuatoriana).

⁷⁶ Gadamer, H. G.; *Verdad y Método*; Sígueme, Salamanca, España, 1999.

⁷⁷ Hayek, F. A.; *Law, Legislation and Liberty*; Routledge, New York, USA, 1982.

⁷⁸ La diferencia entre esta noción de la institución social por antonomasia y la de “cosmovisión” de la antropología cultural es que, por lo general, esta última alude a las *creencias* que una comunidad tiene del universo, creencias que pueden vertirse en palabras; mientras que por “tradición” se entiende una forma de experimentar la vida y el universo que enmarca toda creencia posible estableciendo su sentido último.

⁷⁹ Gottman, J., Katz, L., y Hooven, C.; *Meta-emotion: how families communicate emotionally*; New Jersey, USA, Lawrence-Erlbaum, 1997.

“emociones de segundo orden”⁸⁰, como la culpa o la vergüenza, que no se refieren a un “objeto” externo sino al propio *self* y a su comparación con un “modelo ideal”. Los padres transmiten a sus hijos dichas creencias en su vida cotidiana; cada familia construye sus propias e idiosincráticas “reglas de procedimiento” para tratar con las emociones –es decir, *institucionaliza* un modo de comportarse frente a ciertas emociones y *una forma de experimentarse a uno mismo en virtud de ellas*.

Por ejemplo, los miembros de una familia en la que se repriman o castiguen sutilmente las exhibiciones de ira tenderán a suponer que enfadarse es “malo” y que debe ser evitado a toda costa puesto que puede acarrear el abandono o el rechazo. Pero dado que es virtualmente imposible no sentir ira (o cualquier otra emoción) durante un período prolongado, las personas de dicha familia no solamente fracasarán en su intento de no molestarse sino que, cada vez que les suceda, comenzarán a experimentar una variedad de dolorosas emociones secundarias: culpa, vergüenza, ansiedad; lo cual desencadenará un círculo vicioso casi irreductible *por el cual se experimentarán a sí mismos como “defectuosos”, “malos” o “dementes”*. A menos que se vuelvan conscientes de ello, esto es, que consigan contextualizar su forma de experimentarse a sí mismos y a sus emociones en un marco más amplio (contrastándolas, por ejemplo, con las experiencias de otras personas significativas), tenderán a reproducirlas al educar a sus vástagos, y así *ad infinitum*.

4.2. La confianza y la sospecha: sociedades “smitheanas” y “hobbesianas”

La neurociencia y la teoría del apego han demostrado fehacientemente que el fundamento de la existencia humana son el cuidado y la protección y no la competencia y la envidia; han refrendado de manera inequívoca la “simpatía” de Adam Smith y no el “egoísmo” que defendía Hobbes (y que se achaca erróneamente a los clásicos liberales). Ahora bien: es posible suponer que, de acuerdo al modo en que la tradición de una sociedad dada aborde este hecho, *una sociedad puede erigirse bien sobre la confianza, bien sobre la sospecha*; que existen, en suma, sociedades “smitheanas” y “hobbesianas”⁸¹.

En el primer caso, el respeto a la propiedad y a la palabra dada son moneda corriente (y son, también, las precondiciones que, de acuerdo con los clásicos liberales escoceses,

⁸⁰ Véase Bohart, A., y Greenberg, L.; *Empathy reconsidered: new directions in psychotherapy*; American Psychological Association, Washington, DC, 1999.

⁸¹ Cf. con la discusión de Jon Elster acerca de la credibilidad: *El Cemento de la Sociedad*; Gedisa, Barcelona, España, 1997; p. 308 y ss.

debía satisfacer toda sociedad para funcionar a largo plazo); en el segundo, son más bien la excepción –ya que, en una comunidad en la que todos tratan de ganar ventaja sobre los demás, siempre es menos riesgoso mentir que cumplir con las promesas, pues así se impide a los demás predecir nuestra estrategia para pergeñar la suya. En el primer caso, cuando doy por supuesto, en general y *a priori*, que los demás van a ser honestos y bienintencionados, me puedo comprometer con ellos en actividades colaborativas que generen mutuos beneficios, y cambiar de actitud si descubro que me han engañado. En el segundo, cuando imagino que, detrás de sus sonrisas, los demás están esperando un instante de debilidad para causarme daño, tengo por fuerza que conducirme mendaz y astutamente. Mi vida se convierte en un juego de suma cero, en un eterno dilema del prisionero⁸².

Desde la perspectiva económica, está claro que *ambos* supuestos conducen a sendos equilibrios (esto es, situaciones en las que ninguno de los actores saldría ganando con un cambio de estrategia y que son, por ende, estables): positivo y productivo en un caso, negativo y destructivo en el otro. En una sociedad “hobbesiana” la conducta de los actores también sigue un patrón seleccionado evolutivamente consistente en hacer cualquier cosa excepto la que se ha prometido (esto es, en mantener un férreo control sobre la información). En este sentido, el orden de la sociedad es “fiable”, tanto a nivel macro como en las transacciones cotidianas; sólo que no da lugar al despliegue de estrategias cooperativas sino al uso de la fuerza en cualquiera de sus variantes. Porque la razón requiere de la consistencia repetida entre hechos y palabras, lo que permite a los actores predecir y adaptar mutuamente su comportamiento; pero donde reina la discrepancia entre lo que se dice y lo que se hace sólo queda apelar a la violencia (de uno u otro tipo) para obligarlos a ser fieles a un curso de acción.

Smith postulaba que la estructura del mercado, *per se*, podía modelar la conducta de la gente haciéndola más ética e íntegra:

A dealer is afraid of losing his character, and is scrupulous in observing every engagement. When a person makes perhaps 20 contracts in a day, he cannot gain so much by endeavouring to impose on his neighbours, as the very appearance of a cheat would make him lose. Where people seldom deal with one another,

⁸² Cf. Petermann, F.; *Psicología de la confianza*; Herder, Bilbao, España, 1999.

we find that they are somewhat disposed to cheat, because they can gain more by a smart trick than they can lose by the injury which it does their character⁸³.

Sin embargo, aunque esto pueda ocurrir *al interior de una sociedad erigida sobre la confianza generalizada*, en las “sociedades hobbesianas” ocurre todo lo contrario: el mercado *magnifica* la discrepancia entre conducta y promesa, ya que en dichos contextos confiar equivale a correr un riesgo exagerado. Así, las transacciones mercantiles acaecen *dentro de* un sistema de valores y formas de experimentar la realidad que establece, desde una perspectiva sumamente abstracta, las restricciones del mercado.

Un ejemplo –y a la vez una confirmación– de la transmisión de formas hobbesianas de experimentar el mundo es el modo en que las madres comprenden el llanto de sus bebés de pocas semanas y reaccionan ante él. Es común, en Ecuador, escuchar que las abuelas aconsejan a las madres bisoñas: “deja no más que llore, porque así *se hará fuerte*”. Hay aquí ya varios supuestos, en el mejor de los casos, discutibles –y en el peor, malévolos. Antes de nada, se atribuye una *intencionalidad* a un ser que a duras penas puede abrigarla –ya que carece incluso de la noción de sí mismo; una intencionalidad íntimamente ligada a la naturaleza “pecaminosa”, perversa o caprichosa *de todo ser humano desde el nacimiento*. Y en segundo término, se decodifica tal intencionalidad como *negativa* o egoísta: el bebé se convierte en una criatura tozuda y exigente, que gime “por molestar” o para “llamar la atención” y a la que hay que adoctrinar desde el principio “para que no se haga malo”. Estas creencias encubren y justifican las diversas formas de violencia que contra los niños se ejercen día tras día –y que podemos verificar de primera mano en cualquier calle concurrida de una ciudad ecuatoriana. El castigo se entiende como una forma de “disciplinar” la innata “rebeldía” de los pequeños, de demostrarles que “el mundo no está para darles gusto” y que “tienen que hacerse duros y valer por sí mismos” si quieren sobrevivir.

La teoría del apego⁸⁴ nos ha enseñado que, por el contrario, dejar que un bebé llore es una forma infalible de causarle dolor y graves dificultades emocionales a futuro. Siendo, como lo es, un ser indefenso, el bebé *necesita* del cuidado, caricias y amor de los adultos *para mantenerse con vida y alcanzar la salud emocional*. Los bebés a quienes

⁸³ Smith, A.; *Lectures on Jurisprudence (Glasgow Edition of Works, Vol. 5)*; Liberty Fund, Indianapolis, Estados Unidos, 1982; p. 327.

⁸⁴ Véase la sección 3.3.

se deja llorar durante horas se vuelven fríos y distantes, pero no seguros; antes bien, su aparente indiferencia encubre una aguda carencia afectiva que los predispone a problemas de depresión, baja autoestima y trastornos en sus relaciones íntimas –ya que aprenden a experimentar a los demás como *suspicious* e *inaccessibles*⁸⁵. La repetida respuesta negativa a sus demandas de afecto o protección, junto con la pérdida (ausencia o distancia, real o virtual, de sus protectores) como trasfondo permanente de su experiencia emocional, lo conducen a un estilo afectivo de fingida autosuficiencia, rigidez y aplanamiento emotivos, suspicacia y defensividad⁸⁶. Ya que casi cada vez que se atrevió a confiar en los otros (en primer término en sus padres) se vio defraudado, ha adquirido el hábito de *desconfiar por principio* para resguardarse de nuevas pérdidas afectivas.

Así, la madre que deja llorar a su niño para “fortalecerlo” está, en el fondo, *desconfiando* de él y dudando de que su llanto sea auténtico (y no manipulatorio); *le atribuye una intención mendaz*, de la cual se resguarda absteniéndose de atenderlo. El niño, por su parte, *concluye que su madre no se interesa por él*. Y no sólo “intelectualmente”, sino *experiencialmente*: esto es, *aprende que el mundo, representado por su madre, es hostil e imposible*. Sobre esta manera de abordar la existencia se van construyendo, a medida que crece, las conductas y pensamientos de su vida cotidiana; y si el trasfondo está marcado por la suspicacia y el recelo, *la confianza será una excepción* en sus relaciones –nunca la regla. Con lo cual (a menos que se vuelva consciente de ello y decida hacer algo al respecto), afrontará los vínculos en términos de incredulidad y prevención; tratará a sus hijos concomitantemente –y reproducirá el esquema en la siguiente generación.

4.3. La noción de “capital social” desde la teoría evolutiva

Esto tiene implicaciones en el ámbito del cada vez más discutido “capital social”⁸⁷:

⁸⁵ A este conjunto de predisposiciones emocionales, conductas y actitudes se le llama “apego ansioso evitativo o autosuficiente”; véase Bowlby, J.; *Una base segura: aplicaciones clínicas de una teoría del apego*; Paidós, Barcelona, España, 1989.

⁸⁶ Esta apariencia de impavidez y anhedonia, típica de los pueblos andinos, fue ya reconocida por el psicoanalista Allan Castelnuovo (Bleger, J.; Castelnuovo, A.; Pedersen, D.; *Teoría Psicoanalítica y Tercer Mundo*; Ed. Fundación Agustín Cueva Tamariz, Quito, Ecuador, 1984).

⁸⁷ Para un resumen asequible, véase Kliksberg, B.; *Más ética, más desarrollo*; Temas, Buenos Aires, Argentina, 2004; *Hacia una economía con rostro humano*; Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2002.

Según análisis del Banco Mundial hay cuatro formas básicas de capital; el natural...; el construido...; el capital humano..., y el capital social, descubrimiento reciente de las ciencias del desarrollo. [...]¿Qué es en definitiva el capital social? El campo no tiene una definición consensualmente aceptada. De reciente exploración se halla, en realidad, en plena delimitación de su identidad⁸⁸.

Al bautizar los fenómenos que atañen a la confianza como “*capital social*”, no solamente se difumina más todavía el concepto mismo de “capital” sino que se pierde de vista el que se trata de un *entorno*, un escenario del proceso económico, y no *una parte* de él; de que la confianza no está, ni puede estar, al servicio de la riqueza o la “productividad”. En cierto modo, el fundamento del capital social es justamente su “no racionalidad”: el que estemos dispuestos a ayudar a los demás *sin esperar recompensa*. Cuando se hace con miras a una ganancia, ya no puede hablarse de “capital social”. Como no puedo saber los efectos que tendrán mis acciones (ya que se escapan al conocimiento de cualquiera que no sea omnisciente) no puedo calcular en realidad el beneficio último que ayudar o no hacerlo puede reportarme o reportar a los que me importan. Por ende, si al decidir si ayudo a alguien o no lo hago ante todo en función de mi propio beneficio (relativamente inmediato), en realidad estoy incurriendo en un error, en una pérdida potencial. Porque la desconfianza generalizada acaba con la posibilidad de la sociedad. Cada acto de desconfianza erosiona el sistema en su conjunto –aunque pueda beneficiar a alguno de sus miembros; que, a la larga, se verán igualmente afectados. Pero como estos efectos a largo plazo son invisibles, incalculables, en rigor invalorable, no se pueden introducir en el cálculo costo-beneficio; por tanto, son ignorados.

La teoría del capital social supone que este debe fortalecerse siempre con miras a algo: a aumentar la productividad, mejorar el rendimiento, el emprendimiento, etc. El problema es que hacerlo así implica una contradicción; ya que el capital social sólo es auténtico cuando se funda no en el beneficio sino en el “deber”, en el “imperativo categórico” kantiano. Es cuando hay problemas y no se ve una salida, cuando ayudar podría no redundar en beneficio nuestro o incluso ir en nuestra contra, que lo hacemos en realidad. Por ende, intentar fortalecer el capital social en una comunidad de cara a “aumentar la productividad” está condenado al fracaso a largo plazo. Los valores deben amarse *per*

⁸⁸ Kliksberg, B.; *Capital Social y Cultura: Claves Olvidadas del Desarrollo*; documento de divulgación del Institute for the Integration of Latin America and the Caribbean, 2000.

se; de lo contrario, no dejan de ser estratégicos, de usarse sólo cuando “hay beneficio” evidente –con lo cual, el valor supremo sigue siendo la “utilidad” y se cae en un círculo vicioso.

Así, desde la perspectiva evolutiva, donde las actividades económicas son recurrencias de alcance intermedio dentro de una “tradición” que las engloba, está claro que *las intervenciones económicas y legales, por sí solas, no pueden generar otro tipo de equilibrio*, ya que, pase lo que pase, *siempre serán consistentes con la sospecha y la experiencia del mundo como amenazante*. Y que la noción de “capital social” distorsiona la naturaleza de las sociedades y el papel de la economía en ellas.

5. *Comentarios finales sobre la realidad ecuatoriana: “¿Instituciones? ¿Cuáles instituciones?”*

Para terminar, intentemos emplear someramente las herramientas del análisis evolutivo en la realidad ecuatoriana, ampliamente debatida y cada vez más preocupante (a la vista de los recientes sucesos políticos, del hecho de que el país ha sido incapaz de mantener a un Presidente hasta el fin de su mandato desde hace diez años, de la ya cacareada “erosión de las instituciones y los partidos políticos” y en general del poco esperanzador panorama socioeconómico). Los que siguen son meros apuntes, sugerencias que pueden abrir feraces vías de exploración; ir más allá desbordaría los límites de este texto –y sería impracticable: a falta de datos empíricos relevantes y actualizados, debemos contentarnos con engarzar hábilmente nuestras ideas e intuiciones con un conjunto de informes anecdóticos tomados de la experiencia cotidiana. Sin embargo, y para citar un antiguo proverbio chino, un viaje de mil leguas empieza con un paso. Estos apuntes no pretenden sentar cátedra sino insinuar unas cuantas preguntas –e invitar a los lectores a contemplar el mundo que les rodea a través de ellas por un momento.

Una vez más, para aplicar el prisma evolutivo hace falta ampliar la perspectiva hasta que los cambios se hagan evidentes en contraste con las permanencias. Más allá del surgimiento y extinción de instituciones concretas –Ministerios y Secretarías, Presidentes y Congresos, empresas y familias, universidades y Constituciones–, más allá de las coyunturas de los años y los lustros, ¿qué permanece, intocable, en la forma en que se coordinan las actividades de los ecuatorianos? Deberíamos empezar por preguntarnos “¿cuáles instituciones?”

5.1. Cambiar la institución por el “consenso”: la crisis convertida en norma

Las soluciones que suelen proponerse para las dificultades institucionales en el espacio de lo público del Ecuador siempre se derivan de este principio: “reunamos a un número suficiente de representantes, reescribamos la Constitución, publiquémosla ¡y listo! Así *refundaremos la patria*”.⁸⁹ Pasan por alterar los diseños formales y explícitos –una nueva Constitución, reformas a las leyes o incluso consensos alcanzados a través del diálogo y la concertación.

No es la primera vez que se pretende solucionar la ingobernabilidad y la crisis de representatividad cortando el nudo gordiano y haciendo borrón y cuenta nueva. Es más: el Ecuador, desde su fundación republicana en 1830, *ha tenido casi veinte Constituciones*; algunas no han durado más de un año; la que más, 23. La esperanza de vida de las Constituciones ecuatorianas es de nueve años –*menos de tres períodos presidenciales actuales*.

Tras esta simplificación se hace evidente que estas propuestas de mejoría caen en la trampa del racionalismo constructivista: suponen que basta con emitir un decreto para modificar una sociedad. Pero más aún: la reforma constitucional, en el Ecuador, no es una manera de modificar las instituciones; por el contrario, *el convocar una Asamblea Constituyente o proponer reformas a la Constitución cada vez que los conflictos sociopolíticos amenazan con volverse ingobernables es una de las más venerables instituciones ecuatorianas*. No es que el Ecuador carezca de instituciones a largo plazo; es que sus instituciones consisten precisamente en negar o disolver instituciones previas (producto del consenso) como la Constitución o la elección de un Presidente. *El Ecuador es un país donde la crisis de las instituciones se ha institucionalizado*.

5.2. Dos ristras de anécdotas a un siglo de distancia

Por casualidad, mientras redactaba este texto cayó en mis manos un libro pintoresco e ilustrativo –aunque desesperanzador: *Cuatro Años entre los Ecuatorianos*, de Friedrich Hassaurek⁹⁰. Se trata de la crónica de un embajador de los Estados Unidos en el Ecuador durante el primer período de Gabriel García Moreno (de 1860 a 1864). Hassaurek salpica las descripciones del paisaje y las condiciones de vida con anécdotas

⁸⁹ De hecho, en las últimas elecciones (2006) uno de los candidatos presidenciales más votados hizo de este su caballo de batalla: se negó a incluir diputados en su lista de candidaturas porque de todas formas planeaba disolver el Congreso y convocar una Asamblea Constituyente “si era necesario para refundar el país”.

⁹⁰ Abya Yala, Quito, Ecuador, 1997.

de la conducta y la cultura ecuatorianas que cualquier nativo reconoce en el acto –y que sorprenden a muchos extranjeros. Desde luego, de dichas anécdotas hay que descontar la cuota de desprecio que sentía el civilizado embajador por los bestiales lugareños; pero resta una dosis de irrecusable veracidad que llega a ser dolorosa.

El capítulo 8 (que lleva el agrio título de *Sociedad y sirvientes en la capital*) contiene juicios tan penetrantes y vigentes como estos:

Las grandes familias... creen que las leyes fueron hechas para personas de bajo estatus social –indios y cholos–, mas no para personas de rango, creyendo que tienen el derecho de elaborar las leyes mas no de obedecerlas.⁹¹

Ha pasado casi un siglo y medio desde que Hassaurek consignara estas líneas; pero puedo aportar anécdotas en todo punto iguales –y estoy seguro de que el lector también. Recuerdo haber sostenido una álgida discusión con un amigo mío (de la clase media alta quiteña) acerca de la coyuntura política en la que éste llegó a sostener que “las leyes son para la gente tonta; la gente inteligente no las necesita”. Más allá de la corrupción e ineficiencia del sistema judicial (que no puede aquilatarse con precisión por la ausencia de sólidos datos empíricos⁹²), salta a la vista que esta mentalidad de excepción (por la que algunos ecuatorianos se sienten por encima de la ley y en una condición de privilegio frente a sus congéneres) lleva casi dos siglos en la “consciencia colectiva” del país –y se reproduce continuamente en las conversaciones cotidianas y en la miríada de actos de ilegalidad que se cometen día tras día, desde coimar a un policía de tránsito hasta negociar el dictamen de un juicio.

En el capítulo 3, *De Babahoyo a Guaranda*, encontramos nuestra siguiente anécdota:

En mi primer viaje a Quito me detuve en el pueblo de San José de Chimbo para pasar la noche... [El Jefe Político del lugar] me abrumó con todo tipo de consideraciones y servicios. Su cortesía parecía no tener límite... Un mercader quiteño que viajó conmigo le pidió que le hiciera el favor de preparar la cena. El Jefe Político acordó encontrar la cocinera... Después nos informó que le había

⁹¹ Op. Cit., p. 152.

⁹² Cf., sin embargo, el *Global Corruption Report 2005* (Transparency International); Pluto Press, Londres, Inglaterra, 2005, donde el Ecuador ocupa, en el Índice de Percepción de la Corrupción, el puesto 112 de 145 con un puntaje de 2.4; y el reporte 2006, donde ocupa el lugar 138 con un puntaje de 2.3 (en Internet: http://www.transparency.org/news_room/in_focus/cpi_2006/cpi_table).

dado a ella un dólar y medio, cantidad que le devolvimos... A la mañana siguiente entró la cocinera... [y nos enteramos de que] el Jefe Político le había dado sólo un dólar, *quedando los cincuenta centavos restantes en su propio bolsillo*. Después del desayuno le preguntamos cuánto teníamos que pagarle. Él protestó diciendo que no nos había pedido ningún dinero (olvidándose tal vez que así lo había hecho el día anterior); dijo que había quedado pagado con creces por el honor de albergar a tan distinguido caballero... En ese momento se acercó mi compañero de viaje y preguntó cuál era el problema. Yo le dije que el Jefe Político no nos iba a cobrar por el desayuno. “Obvio”, respondió, “*he acabado de pagarle*”. *Cualquiera que se hubiera hallado en el lugar del Jefe Político se habría avergonzado terriblemente, pero en cambio éste ni siquiera mostró la más mínima molestia, y con la sonrisa más dulce del mundo cambió el tema de la conversación.*⁹³

En una jugarreta digna del *Decamerón*, el Jefe Político del relato no cobra una sino *dos veces* por el mismo desayuno, mientras miente diciendo que no ha recibido un solo centavo y *hace gala de su generosidad y desprendimiento*. Pero lo más llamativo es que *tampoco parece hacerse cargo de la ilegalidad de su acto*: no demuestra vergüenza ni culpa sino que sonríe como si nada hubiese ocurrido. Engaña, miente al decir que está siendo honesto, y hace caso omiso de toda su bribonada manteniendo una fachada de respetabilidad.

Habiendo dado clase en varias universidades de Quito (lo cual, desde luego, dista de ser una muestra representativa pero no deja de ser sugestivo), puedo afirmar que *nada hay más ficticio que un trabajo de estudiantes “en grupo”*. A menos que el grupo se reduzca a dos (y ni siquiera entonces) uno puede estar seguro de que el peso de la tarea se repartirá muy desigualmente entre sus miembros: uno o dos investigarán, redactarán y construirán el 70% del trabajo final, tres o cuatro se distribuirán el 30% en sus ratos de tedio arrancado al ocio, y uno o dos no moverán un dedo. Pero exigirán que sus nombres consten en la portada –¡faltaría más! Y se tomarán la (excepcional) negativa del o los “aplicados” con ira, rencor y sorpresa. No sólo no comprenden que están saltándose la norma: tal como ellos la experimentan, *están en su derecho de aprovecharse de la situación* –y así como defenderán ese “derecho” a rajatabla se

⁹³ Hassaurek, F.; op. Cit., p. 67; las itálicas son nuestras.

negarán en redondo a admitir su culpa. Se preocuparán por mantener su imagen mientras se saltan la norma, no por reparar el daño o enmendar su conducta.

Podría acumular decenas de relatos como éstos, tomados de distintos estratos sociales; pero, a falta de muestreos y baremos, sólo serviría para ilustrar nuestro aserto, no para demostrarlo. No es que uno se encuentre de vez en cuando con el consabido estafador; es que la ilegalidad parece tan imbricada en la forma de vida ecuatoriana como la hiedra en un muro. En otras palabras: si hemos de creer a Hassaurek y a su concordancia con cantidad de anécdotas contemporáneas, se nos impone la conclusión de que estas conductas y discursos se reproducen constantemente y nos acompañan desde principios de la vida republicana (y acaso antes).

5.3. El Ecuador: ¿una “sociedad hobbesiana”?

Intentemos *comprender* la lógica de esta sagrada institución ecuatoriana, el irrespeto a la norma mientras se aparenta honorabilidad. En el capítulo 8, Hassaurek propone que

Una parte importante del carácter del serrano es la gran desconfianza que tiene con sus paisanos, lo cual excluye toda posibilidad de que exista un espíritu de asociación. El compañerismo es poco frecuente y casi no se oye hablar de corporaciones. Por consiguiente, las grandes empresas son imposibles. El desmoronamiento general del país puede atribuirse a esta circunstancia antes que a la inestabilidad política y a las frecuentes convulsiones sociales⁹⁴.

A este tipo de sociedades, las que se erigen en la suspicacia por los motivos del otro y en el intento permanente de evitar el daño o adelantarse a él, las hemos llamado “sociedades hobbesianas”. *Desde una perspectiva evolutiva, los problemas institucionales del Ecuador se podrían explicar asumiendo que se trata de una “sociedad hobbesiana”.*

Como hemos señalado, la “tradicción” impone restricciones a las estrategias que los actores despliegan en la cotidianidad, seleccionando algunas y modificando otras. En línea con las ideas desarrolladas en otro artículo⁹⁵, podríamos sugerir que dichas

⁹⁴ Op. Cit., p. 153.

⁹⁵ *¿Lobos o Corderos?: Obediencia a la Norma, contradicción y cosmovisión* (Disponible en Internet: <http://estebanlaso.com/pdfs/Lobosocorderos.pdf>), donde se amplía, desde el punto de vista de la microsociología interpretativa, la idea de que una parte casi insoslayable de la cultura ecuatoriana es el “hacerse el vivo”, aprovecharse del prójimo y de la situación en la medida en que sea posible sin recibir

restricciones se derivan de un supuesto inamovible y soterrado de la cultura y cosmovisión ecuatorianas: “la vida es una lucha en la que gana el más fuerte o el más astuto, y el que pierde lo hace irremisiblemente”. Este supuesto coordina tácitamente los intercambios cotidianos, desde los insignificantes a los trascendentales, de forma que los actores los comprenden no en términos cooperativos sino competitivos (y además de suma cero). Como “en la guerra todo se vale”, los actores están dispuestos a saltarse las normas (incluyendo la que asegura el cumplimiento de las propias promesas) en aras de su beneficio (o, mejor dicho, de la evitación de una pérdida potencial y anticipada). Esto los somete a una forma del “dilema del prisionero” tanto más insidiosa cuanto que pasa desapercibida –ya que, en aras de preservar su respetabilidad y mantener su ventaja, los pocos actores que perciben esta discrepancia entre lo que se hace y lo que se promete, entre la conducta y la ley, hacen la vista gorda; y los demás, la mayoría, simplemente no son conscientes de la cosmovisión que subyace a su actividad.

Se trata de recurrencias demasiado abstractas (de larga duración) como para codificarse en un discurso orgánico y estructurado; antes bien, surgen errática y continuamente como justificación *ad hoc* de la conducta inmoral. Con lo cual, las instituciones formales (y explícitas) funcionan en general como meras fachadas que se sostienen con esfuerzo y vehemencia en el ámbito del discurso –lo que no obsta para defenestrarlas cuando surja la (aparente) necesidad⁹⁶.

5.4. Apoyo empírico indirecto para esta tesis

Dada la ausencia de estudios sobre el terreno, el apoyo empírico para esta hipótesis es más bien indirecto –aunque provocativo. En primer término, el tono cada vez más autoritarista de los discursos públicos: los adalides del “movimiento forajido” que se erigen en “guardianes de la Patria” amenazando veladamente con defenestrar a un Presidente que no esté de acuerdo con sus ideales, los candidatos presidenciales que prometen “disolver el Congreso” o “cerrar una radio” *como parte de sus campañas*, la suposición de que hace falta “mano dura” para “controlar los desmanes” de la corrupción, la ira e indignación con que los ciudadanos acometen contra los representantes *que ellos mismos ha elegido en las urnas*, etc.

castigo mientras se finge que se está siendo honesto y se hace caso omiso de la obvia contradicción entre hechos y promesas.

⁹⁶ Como se ha defenestrado a todos los presidentes democráticamente electos en los últimos 10 años.

Ahora bien: la investigación en actitudes e ideologías de la psicología social (en concreto, el trabajo de Theodore Adorno y Milton Rokeach) sugiere que *el autoritarismo encubre una sensación de amenaza*. Esto es, en los cuestionarios masivos sobre actitudes ante la vida y el gobierno, *los que apoyan tendencias más autoritaristas tienden a responder afirmativamente a preguntas como: “El mundo es un lugar peligroso” o “Si no te cuidas a ti mismo, nadie va a hacerlo por ti”*:

El dogmatismo... depende de factores de personalidad [uno de los cuales es] la desconfianza que deriva de percibir el mundo externo como amenazador. Los sentimientos de desconfianza impiden el desarrollo de una mentalidad abierta, de modo que el pensamiento dogmático queda dominado por la necesidad de apaciguar la amenaza.⁹⁷

En virtud de lo señalado más arriba, esta “sensación de amenaza” resultará familiar para cualquier observador (medianamente distante e inteligenciado de ella) de la realidad ecuatoriana.

En segundo lugar está el papel cada vez más preponderante que el “capital social” y la *confianza* (antónimo de la “sensación de amenaza”) juegan en el discurso sobre desarrollo y calidad de vida de los pueblos. A partir del trabajo pionero de Robert Putnam⁹⁸, es indiscutible que el capital social sólido y elevado favorece la invención y gestión de iniciativas productivas y sirve de red de seguridad para suavizar las consecuencias de los descabros. Cada vez más trabajos empíricos apoyan esta afirmación; Bernardo Kliksberg hace un resumen de ellos en su texto *Hacia una economía con rostro humano*⁹⁹. Incluso el Nobel de Economía del 2001, Joseph Stiglitz, ha reconocido la importancia capital de la confianza en el desarrollo económico y la gobernabilidad de los países:

Destruir la confianza conlleva un gran costo económico. En modelos simplistas, el interés propio individual conduce a resultados eficientes, puesto que las personas actúan, y es de esperar así, para favorecer sus intereses. Sin embargo las teorías modernas, en las cuales las imperfecciones de la información y los

⁹⁷ Pastor R., G.; *Ideologías: su medición psicosocial*; Herder, Barcelona, España, 1986; p. 106.

⁹⁸ Putnam, R.; *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*; Princeton, NJ; Princeton University Press, 1993.

⁹⁹ Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2002.

mercados incompletos juegan un papel importante, el comportamiento que atiende el interés propio no suele conducir a resultados eficientes. *Los equilibrios basados en la confianza pueden conducir a mejores resultados que aquellos en los cuales está ausente.*¹⁰⁰

Más allá de las declaraciones, una investigación llevada a cabo por Eric Uslaner confirma que existe una relación inversa entre corrupción y lo que él llama “confianza generalizada”, “la creencia de que se debe tratar a los desconocidos como si fueran confiables”. La correlación entre “confianza” (según la mide la *World Values Survey*) y ausencia de corrupción (según el Índice de Percepción de la Corrupción de Transparencia Internacional) en una muestra de 47 países es de .724. Más aún: en base al análisis multivariable se descubre que *la variable “confianza” es más relevante a la hora de “explicar” la corrupción que los indicadores estructurales* (nivel de democracia, descentralización, estabilidad política y derechos de propiedad). Y finalmente, *los cambios en los índices de corrupción no conducen a cambios en los de confianza*, mientras que lo inverso sí sucede –lo que parece demostrar que la confianza determina los niveles de corrupción y no al revés¹⁰¹.

Esto quiere decir que una variable psicológica, la confianza en los demás, influye en la corrupción más que las variables estructurales del sistema sociopolítico –cosa que sustenta poderosamente nuestra hipótesis evolutiva, según la cual estas estructuras (o “instituciones”) descansan, en último término, en recurrencias abstractas y tácitas de más largo alcance relativas a la forma en que los miembros de una cultura experimentan el mundo.

Esta determinación cultural de la corrupción ha sido comprobada también en otro artículo reciente: *Cultures of Corruption: Evidence from Diplomatic Parking Tickets*, de Ray Fishman y Edward Miguel¹⁰². A través de un ingenioso procedimiento, los autores han podido estudiar el efecto que ejercen los factores legales (o más bien su ausencia) en el comportamiento corrupto. Puesto que los diplomáticos gozan de inmunidad no están sujetos a los castigos legales por infracciones de tránsito; por ende, constituyen una población ideal para un “experimento natural” que permita aquilatar hasta qué

¹⁰⁰ Stiglitz, J.; *Ética, asesoría económica y desarrollo*; trabajo presentado en el Seminario Internacional “Ética y Desarrollo”, Washington D.C., Diciembre 2000. Las itálicas son nuestras.

¹⁰¹ Uslaner, E.; *Trust and Corruption*; en el *Global Corruption Report 2005* (Transparency International); Pluto Press, Londres, Inglaterra, 2005.

¹⁰² Presentado en el *USC-FBE Applied Economics Workshop*, abril 2006, dentro del *National Bureau of Economic Research*, (disponible en Internet: <http://www.nber.org/papers/w12312>)

punto la ausencia de coerción legal fomenta la aparición de conductas antiéticas. Se recopilaron las estadísticas de infracciones de aparcamiento de los diplomáticos residentes en New York entre 1997 y 2005 y se practicó un análisis comparativo en función de sus países de origen.

La teoría de la acción racional predeciría que este vacío legal debería aumentar automáticamente la corrupción ya que posibilita a los actores obtener una ganancia (aparcarse gratis y cómodamente) sin incurrir en pérdida (multa o condena). Los resultados no sólo desmienten categóricamente esta hipótesis sino que indican que únicamente dos variables, ambas culturales, se relacionan matemáticamente con la incidencia de comportamientos corruptos: el nivel de corrupción de los países de origen de cada diplomático y la visión, positiva o negativa, que éste tiene de los Estados Unidos. Los autores lo explican así:

Incluso a miles de millas de distancia, los diplomáticos se conducen del mismo modo que sus coterráneos residentes en su propio país. Da la impresión de que las normas relativas a la corrupción calan muy hondo en las personas.

El segundo descubrimiento empírico importante es la intensa correlación entre la afinidad por los Estados Unidos del país de origen del diplomático y sus violaciones de tráfico en New York. Esta es una evidencia empírica de que los sentimientos influyen sobre las decisiones económicas¹⁰³.

Todas estas pruebas sugieren, en definitiva, que *los aspectos culturales y psicológicos tienen mayor efecto en la toma de decisiones de lo que hasta ahora se ha supuesto*. Y además, que –en lo que atañe a la corrupción y el irrespeto a la norma– estos aspectos se vinculan con la desconfianza, la experiencia del mundo y de los otros como amenazantes y el intento constante de evitar una pérdida anticipada a través de la conducta antinormativa; en suma, que en las “sociedades hobbesianas” las conductas corruptas y antinormativas tienden a ser seleccionadas y a estabilizarse porque son consistentes con su “tradicición” de suspicacia y duplicidad.

¹⁰³ Op. Cit., p. 14 (la traducción es nuestra).

5.5. Un indicio de esperanza

No quisiéramos cerrar este escrito con una nota de desesperanza. Más bien, es nuestro deseo preguntarnos: ¿cómo salir de este atasco?

Desgraciadamente, la teoría evolutiva no ofrece recetas, sólo patrones para interpretar lo que sucede. Pero también nos recuerda que *todo está sujeto al algoritmo evolutivo*; y que, en virtud del mismo, el ser humano es *reflexivo*: esto es, que los resultados de sus elecciones se convierten en información relevante, *restricciones*, para la toma de nuevas decisiones. Parafraseando a Wittgenstein, no podemos seguir jugando una vez que descubrimos que lo estamos haciendo.

Combinando los dos asertos alcanzamos la conclusión de este texto: tal vez podamos desencadenar un proceso evolutivo a partir de la intelección de que *para cambiar las instituciones ecuatorianas es menester darnos cuenta de que no existen (como nos gustaría pensar)*, y de que, quizá, la única institución digna de ese nombre es nuestra sempiterna desconfianza. En otras palabras, lo que sostiene el sistema no es tanto la corrupción cuanto *nuestra inmensa capacidad para ignorarla o justificarla* en virtud de que “la vida es una lucha”. Una capacidad que ha resistido a la prueba de los siglos y que se infiltra en todos los aspectos de nuestra vida.

Así, tal vez, si asumimos públicamente que vivimos la vida como una batalla donde todo vale, podamos plantearnos la posibilidad de convertirla en un “juego limpio” donde nuestros intereses están sujetos a reglas inexorables. Para esto, naturalmente, es menester arriesgarse dando un primer paso –que puede no ser bienvenido y dar lugar a pérdidas irreparables.

Pero es que ése es el milagro y la maldición de la confianza: para que sea auténtica *siempre ha de empezar siendo unilateral*.

6. Bibliografía

- Aronson, E.; *Introducción a la psicología social*; Alianza, Barcelona, España, 1972.
- Aziz-Zadeh, L; Wilson, S.; Rizzolatti, G., y Iacoboni, M.; *Congruent Embodied Representations for Visually Presented Actions and Linguistic Phrases Describing Actions*; *Current Biology*, Vol. 16., 1818-1823, septiembre 2006 (disponible en Internet: [http://www.current-biology.com/content/article/abstract?uid=PIIS0960982206019683&highlight=mirror - aff4](http://www.current-biology.com/content/article/abstract?uid=PIIS0960982206019683&highlight=mirror-aff4)).
- Bateson, G., y Bateson, M. C.; *El temor de los ángeles*; Gedisa, Barcelona, España, 1989.
- Bateson, G.; *Pasos hacia una ecología de la mente*; Lohé-Lumen, Buenos Aires, Argentina, 1985
- Bateson, G.; *Una unidad sagrada*; Gedisa, Barcelona, España, 1999
- Becker, G.; *Accounting for Tastes*; Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1996.
- Bleger, J.; Castelnuovo, A.; Pedersen, D.; *Teoría Psicoanalítica y Tercer Mundo*; Ed. Fundación Agustín Cueva Tamariz, Quito, Ecuador, 1984
- Bohart, A., y Greenberg, L.; *Empathy reconsidered: new directions in psychotherapy*; American Psychological Association, Washington, DC, 1999.
- Bowlby, J.; *Una base segura: aplicaciones clínicas de una teoría del apego*; Paidós, Barcelona, España, 1989
- Brock, W., y Hommes, C.; *Rational Animal Spirits*; 1998; disponible en Internet: <http://www.ssc.wisc.edu/econ/archive/wp9823.pdf>
- Brock, W.; *Tipping Points, Abrupt Opinion Changes, and Punctuated Policy Change*; 2004; disponible en Internet: <http://www.ssc.wisc.edu/econ/archive/wp2003-28.pdf>
- Carnap, R., Morgenstern, O., y otros; *Matemáticas en las ciencias del comportamiento*; Alianza, Barcelona, España, 1974
- Cyrulnik, B.; *Bajo el signo del vínculo: una historia natural del apego*; Gedisa, Barcelona, España, 1989.
- Damasio, A.; *El Error de Descartes*; Crítica, Barcelona, España, 2006
- Davis, M.; *Teoría de juegos*; Alianza, Barcelona, España, 1971
- de Saussure, F.; *Curso de Lingüística General*; Akal, Madrid, España, 2000
- Dennett, D.; *Darwin's Dangerous Idea*; Penguin, Londres, Inglaterra, 1995.
- Distin, K.; *The Selfish Meme*; Cambridge University Press, Mass., USA, 2005.
- Dodds, E. R.; *Los griegos y lo irracional*; Alianza, Barcelona, España, 1983; p. 51.
- Edelman, G.; *Bright Air, Brilliant Fire*; Basic Books, New York, USA, 1992.
- Ekman, P.; *Emotions Revealed*; Times Books, New York, USA, 2003
- Elster, J.; *Alquimias de la mente*, Paidós, Barcelona, España, 2002
- Elster, J.; *El Cemento de la Sociedad*; Gedisa, Barcelona, España, 1997

- Elster, J.; *Las limitaciones del paradigma de la elección racional: las ciencias sociales en la encrucijada*; Institució Alfons el Magnànim, Valencia, España, 2000
- Elster, J.; *Uvas amargas: sobre la subversión de la racionalidad*; Península, Barcelona, España, 1988.
- Epstein, J., y Axtell, R.; *Growing Artificial Societies: Social Science from the Bottom Up*; MIT Press, Mass., USA, 1996.
- Festinger, L.; *A Theory of Cognitive Dissonance*; Stanford University Press, California, USA; 1957
- Fishman, R., y Miguel, E.; *Cultures of Corruption: Evidence from Diplomatic Parking Tickets*; Presentado en el USC-FBE Applied Economics Workshop, abril 2006, dentro del National Bureau of Economic Research. Disponible en Internet: <http://www.nber.org/papers/w12312>
- Frege, G.; *Escritos Filosóficos*; Crítica, Barcelona, España, 1996
- Gadamer, H. G.; *Verdad y Método*; Sígueme, Salamanca, España, 1999.
- Gardenförs, P.; *Cognitive Science: From Computers to Anthills as models of human thought*; disponible en Internet: <http://www.hb.se/bhs/ith/2-99/pg.htm>
- Gardenförs, P.; *Conceptual Spaces: The Geometry of Thought*; Bradford Books, MIT Press, Mass, USA; 2000
- Gardenförs, P.; *How Homo Became Sapiens: On the Evolution of Thinking* (Oxford University Press, New York, USA, 2006).
- Giddens, A.; *Las nuevas reglas del método sociológico*; Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Goffman, E.; *Felicity's Condition*; en Lemert, C., y Branaman, A. (comps.); *The Goffman Reader*; Blackwell, Oxford, Inglaterra, 1997
- Gottman, J., Katz, L., y Hooven, C.; *Meta-emotion: how families communicate emotionally*; New Jersey, USA, Lawrence-Erlbaum, 1997.
- Graubard, S. (comp.), *El nuevo debate sobre la inteligencia artificial: sistemas simbólicos y redes neuronales*; Gedisa, Barcelona, España, 1993
- Harré, R., y Lamb, R.; *Diccionario de psicología social y de la personalidad*; Paidós, Barcelona, España, 1992.
- Härtel, C., Zerbe, W., y Ashkanasy, N. (eds.); *Emotions in Organizational Behavior*; Lawrence Erlbaum Associates, Londres, Inglaterra, 2005
- Hassaurek, F.; *Cuatro años entre los ecuatorianos*; Abya Yala, Quito, Ecuador, 1997.
- Havelock, E.; *La Musa aprende a escribir*; Paidós, Barcelona, España, 1996.
- Hayek, F. A.; *Economics and Knowledge*; Discurso presidencial ante el London Economic Club; *Economica*, IV, 1937.
- Hayek, F. A.; *La fatal arrogancia*; Unión Editorial, Madrid, España, 1997.
- Hayek, F. A.; *Law, Legislation and Liberty*; Routledge, New York, USA, 1982.
- Hayek, F. A.; *Los fundamentos de la libertad*; Unión Editorial, Madrid, España, 1998.
- Hayek, F. A.; *The Sensory Order: an Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology*; University of Chicago Press, Chicago, Ill., USA, 1952
- James, W.; *Pragmatismo*; Aguilar, Buenos Aires, Argentina, 1975.
- James, W.; *Principios de Psicología*; Editorial Glem, Buenos Aires, Argentina, 1945.
- James, W.; *Variedades de la Experiencia Religiosa*; Península, Barcelona, España, 2002

- Kahneman, D., y Tversky, A.; *Prospect theory: decision making under risk*; *Econometrica*, XLVII, 1979.
- Kelly, G. A.; *Psicología de los constructos personales: textos escogidos*; Paidós, Barcelona, 2001
- Kelly, G. A.; *The Psychology of Personal Constructs*; W. W. Norton & Co., New York, 1955
- Kliksberg, B.; *Capital Social y Cultura: Claves Olvidadas del Desarrollo*; documento de divulgación del Institute for the Integration of Latin America and the Caribbean, 2000.
- Kliksberg, B.; *Hacia una economía con rostro humano*; Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2002
- Kliksberg, B.; *Más ética, más desarrollo*; Temas, Buenos Aires, Argentina, 2004
- Kuper, A.; *El primate elegido*; Crítica, Barcelona, España, 1996
- Laso, E.; *Conocimiento Encarnado: en defensa de la metafísica*. Trabajo de investigación no publicado para el Doctorado en Psicología Social de la U. Autònoma de Barcelona, España, 2002; disponible en Internet: <http://estebanlaso.com/pdfs/encarnado.pdf>.
- Laso, E.; *Lobos o Corderos?: Obediencia a la Norma, contradicción y cosmovisión*. Disponible en Internet: <http://estebanlaso.com/pdfs/Lobosocorderos.pdf>
- Lecky, P.; *Autoconsistencia: una teoría de la personalidad*; Desclée de Brouwer, Bibao, España, 1977
- Luckmann, T.; *Teoría de la acción social*; Paidós, Barcelona, España, 1996
- Maturana, H., y Varela, F.; *Autopoiesis and Cognition: the Realization of the Living*; Robert S. Cohen and Marx W. Wartofsky (Eds.), Boston Studies in the Philosophy of Science; D. Reidel Publishing Co., Dordecht, 1980.
- Millon, T., y Lerner, M.; *Handbook of Psychology; vol. 5: personality and social psychology*; John Wiley and Sons, New Jersey, USA, 2003.
- Miró, M. T.; *Epistemología evolutiva y psicología*; Promolibro, Valencia, España, 1994.
- Morris, D.; *El Mono Desnudo*; Plaza y Janés, Barcelona, España, 1967
- Munz, P.; *Philosophical Darwinism*; Routledge, New York, USA, 1993.
- Otto, R.; *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*; Alianza, Barcelona, España, 1980
- Pastor R., G.; *Ideologías: su medición psicosocial*; Herder, Barcelona, España, 1986; p. 106.
- Petermann, F.; *Psicología de la confianza*; Herder, Bilbao, España, 1999.
- Platón; *Critón o del deber*; Ediciones Universales, Bogotá, Colombia, 1987; las itálicas son nuestras.
- Polanyi, M.; *Personal Knowledge: Towards a Post-Critical Philosophy*; Harper, New York, USA, 1964
- Popper, K.; *La sociedad abierta y sus enemigos*; Orbis, Barcelona, España, 1984.
- Putnam, R.; *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*; Princeton, NJ; Princeton University Press, 1993.
- Resnik, M.; *Elecciones: una introducción a la teoría de la decisión*; Gedisa, Barcelona, España, 1998 Shepsle, K., y Bonchek, M.; *Las fórmulas de la*

- política: instituciones, racionalidad y comportamiento*; Taurus, México DF, México, 2005
- Rodríguez, A.; *Plan, acción y mercado: un análisis acerca de la naturaleza y alcance de la teoría económica contemporánea*; Unión Editorial, Madrid, España, 2006.
 - Sen, A.; *Sobre ética y economía*; Alianza, Barcelona, España, 2001.
 - Simon, H.; *Models of Bounded Rationality*; MIT Press, Cambridge, Mass., USA, 1982.
 - Smith, A.; *Lectures on Jurisprudence (Glasgow Edition of Works, Vol. 5)*; Liberty Fund, Indianapolis, Estados Unidos, 1982; p. 327.
 - Smith, A.; *Theory of the Moral Sentiments*; Edinburgo, Inglaterra, 1759. Disponible en Internet en el Adam Smith Institute: <http://www.adamsmith.org/smith/tms/tms-index.htm>
 - Smith, J. M.; *Evolution and the Theory of Games*; Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1982
 - Solms, M., y Turnbull, O.; *El cerebro y el mundo interior: una introducción a la neurociencia de la experiencia subjetiva*; Fondo de Cultura Económica, México DF, México, 2004.
 - Stiglitz, J.; *Ética, asesoría económica y desarrollo*; trabajo presentado en el Seminario Internacional “Ética y Desarrollo”, Washington D.C., Diciembre 2000. Las itálicas son nuestras.
 - Transparency International; *Global Corruption Report 2005*; Pluto Press, Londres, Inglaterra, 2005.
 - Tsebelis, G.; *Nested Games: Rational Choice in Comparative Politics*; University of California Press, Los Angeles, USA, 1990.
 - Uslaner, E.; *Trust and Corruption*; en el *Global Corruption Report 2005* (Transparency International); Pluto Press, Londres, Inglaterra, 2005.
 - Von Neumann, J., y Morgenstern, O.; *Theory of Games and Economical Behavior*; Princeton University Press, Princeton, 1953.
 - Walker, D.; *Austrian Economics*, en Henderson, D. (ed.); *The Concise Encyclopedia of Economics*; Liberty Fund, Inc.; Library of Economics and Liberty. 2006. (En Internet: <http://www.econlib.org/library/Enc/AustrianEconomics.html>).
 - Watzlawick, P., Bavelas, J., y Jackson, D.; *Teoría de la Comunicación Humana*; Herder, Bilbao, España, 1995
 - Whitehead, A. N.; *Essays in science and philosophy*; Rider and Co., Londres, Inglaterra, 1948.
 - Wittgenstein, L.; *Sobre la certeza*; Gedisa, Barcelona, España, 1988; §96.
 - Wittgenstein, L.; *Tractatus Logico-Philosophicus*; Alianza, Barcelona, España, 1973